MARIANO PICON-SALAS

LAS NIEVES DE ANTAÑO

HOMENAJE A LA
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
EN EL IV CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE MÉRIDA

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DEL ZULIA
MARACAIBO MCMLVIII

LAS NIEVES DE ANTAÑO

UNIVERSIDAD DEL ZULIA

DR. ANTONIO BORJAS ROMERO
Rector

DR. RAFAEL DÍAZ CERRADA
Vicerrector

DR. HUMBERTO LA ROCHE
Secretario

DR. JOSÉ A. BORJAS SÁNCHEZ
Director de Cultura

DR. NECTARIO ANDRADE LABARCA
Decano de la Facultad de Derecho

DR. WINTILA PÉREZ ROMERO
Decano de la Facultad de Medicina

DR. BERNARDO RODRÍGUEZ D'EMPAIRE
Decano de la Facultad de Ingeniería

DR. JESÚS A. REVEROL MONTERO
Decano-Director de la Facultad de Odontología

DR. ERNESTO GONZÁLEZ ARAUJO
Director de la Escuela de Derecho

DR. LUIS MAGGIOLO ATENCIO
Director de la Escuela de Medicina

DR. NICANDRO BARBOZA
Director de la Escuela de Ingeniería Civil

DR. FREDDY AROCHA CASTRESANA
Director de la Escuela de Ingeniería de Petróleos

DR. FERNANDO CHUMACEIRO
Director de la Organización de Bienestar Estudiantil

DR. EMILIO SIMÓN SOCORRO
Director Docente y de Secretaría

SR. JOSÉ GONZÁLEZ BOZO
Director de Administración

MARIANO PICÓN-SALAS

LAS NIEVES DE ANTAÑO

PEQUEÑA AÑORANZA DE MÉRIDA

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DEL ZULIA

HOMENAJE A LA UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES EN EL IV CENTENARIO DE LA
FUNDACIÓN DE MÉRIDA, VENEZUELA

MARACAIBO
1958

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

Se terminó de imprimir el día 28 de agosto de 1958 en la
Imprenta López, Perú 666, Buenos Aires, República Argentina

OFRECIMIENTO

EL 9 de octubre del presente año de 1958, la serrana ciudad de Mérida cumple cuatrocientos años de su fundación. Y sus hijos —y toda Venezuela— se preparan para celebrar, en debida forma, tan fausto acontecimiento. La feliz decisión de Rodríguez Suárez va a recordarse, una vez más, con emoción y fe, no solamente dentro de los linderos geográficos del querido Estado andino, sino dentro de los linderos espirituales de nuestra Venezuela, que es una para todos. Para aquella próxima fecha, Mérida se vestirá con sus mejores galas; sus mujeres, hermosas y altivas, irradiarán más encanto; el rumor del Albarregas, del Chama y del Mucujún se hará más alegre y se llenarán de esperanzas sus hijos cultos y cordiales.

¡Cuatrocientos años de Historia, y qué Historia! En esta oportunidad, Venezuela debe pesar y analizar el aporte que Mérida ha dado a la cultura del País. Es mucho lo que ella ha hecho por la Patria Grande. Su Universidad —meridiano y síntesis de sus sentimientos, realidades y aspiraciones— debe estar encabezando todo el programa que se va a desarrollar, porque es ella su vida, su nervio y su brújula. Por su Universidad, Mérida está ligada a toda Venezuela. Todos los caminos y todos los pensamientos nos llevan hacia allá. Contar la Historia de Mérida es narrar la vida de la Universidad y hablar sobre la Universidad, es hablar sobre Mérida; es deshilvanar el precioso hilo de su acontecer. Por eso, nosotros siempre hablamos con emoción sobre su Universidad, tan hermana de la Universidad del Zulia.

En una época, antes de convertirse la Escuela de Ciencias Políticas de Maracaibo, creada en 1930, en la actual Facultad de Derecho de la Universidad del Zulia, aquella Escuela estuvo adscrita a la Universidad de la Montaña. Entonces —estudiantes, siempre soñadores— llenos de entusiasmo, remontando cerros y picos y tiritando de frío y en busca de futuros horizontes, comenzamos a vincularnos a ella. Eran los tiempos en que saturados de bohemia, nuestros corazones giraban sobre sí mismos.

La Universidad del Zulia, en esta efemérides magnífica, ha querido presentar, digno de su prosapia, de su historia, algo que tiene relación con ambas Universidades, y para ello, ha mirado hacia un hijo de aquellas tierras, admirable y eminente, que le ha dado más lustre y la ha hecho conocer más, por todos los caminos del Mundo. Ese eminente merideño, es Don Mariano Picón Salas.

Un ramillete de sabrosas y coloridas crónicas, escritas con esa fina y profunda prosa que es la de Don Mariano, pone de presente nuestra Universidad del Lago, a la hidalga y queridísima

Mérida. De seguro que el homenaje es acertado, porque Don Mariano, no solamente es el primer escritor nacional de la hora actual y uno de los hijos más ilustres de la Mérida de todos los tiempos, sino porque esas crónicas, no recogidas en libro alguno hasta la fecha, son la expresión más real de la vieja, grata y gentil ciudad andina. Puede sostenerse que estas crónicas que la Universidad del Zulia recopila para Mérida, son una continuación de aquéllas recogidas por Don Mariano, en su "Viaje al Amanecer", agradable dulce abrillantado para el descanso del atardecer.

Nada escapa a la pluma del escritor. Un aparato para sacar copias fotostáticas, no lo hubiera hecho mejor. Quien conozca a Mérida y esté ligado a su tierra y a sus árboles, vive su mejor momento, con las lecturas de "Las Nieves de Antaño". La Mérida de Don Mariano la alcanzamos todavía los muchachos del treinta y cinco. Allá se siente y se respira aún todo cuanto describe Picón-Salas en este libro que la Universidad del Zulia tiene la satisfacción y el orgullo de ofrecer a Mérida, por intermedio de su máximo Instituto, en la fecha que todos recordamos. Todo está en él, hasta las discusiones aquéllas para que el Obispo Ramos de Lora se quedara aquí en Maracaibo o allá en Mérida. Sus calles largas, como las sombras del poema; el pesebre de Navidad; la cita en la ventana de la novia, de por medio una celosía antipática, pero cómplice; el mercado de los lunes, dentro de un ambiente oloroso a campo; los fantasmas en la noche; los ladridos de los perros en la madrugada fría, salpicada de bohemia, en la Otra Banda; las trovas de sus viejos poetas y cantores —El Albarregas y el Chama—; la silueta enjuta y venerable de Don Tulio; las angustias de Don Emilio Maldonado y de su hermana; los velorios; las cenas de medianoche y las lágrimas de las nubes en su llorar permanente. Todo está recogido, con galano decir y dentro de una manera y un sentido tan criollo, que leer "Las Nieves de Antaño" es recordar, es vivir y llenarse, como en los versos de Rivera, de paz y de tristeza. La Misa de los domingos, en donde el joven se encuentra con la novia; la hoy renovada Milla que está arriba, y el encanto del Llano que está abajo, con sus pinos de seda —como la voz del querido doctor Uzcátegui—, que nos hacen recordar a Tonino Spinetti Dini, el infortunado cantor merideño, vilmente asesinado, tan humano y tan comprensivo. Precisamente, Picón-Salas evoca también en "Las Nieves de Antaño" a Tonino Spinetti Dini, quien fué su amigo y camarada de los alegres días de la infancia. Rasgos de la vida de Spinetti conocemos ahora por estas crónicas de Picón-Salas. Tonino fué amigo nuestro, al que conocimos en los últimos años de su vida buena y útil y al que cantamos con lágrimas y angustias en el corazón cuando supimos su asesinato:

¡Antonio Spinetti Dini!
¡Cómo se me están quedando
sin sonido las palabras!
¡Cómo la voz se me enreda
ante tu vida truncada!

La Parroquia, apretujada en un recodo del camino; el viejo Ejido, todo aquello que parece aún detenido por el tiempo, tan caro a nuestros sentimientos, está admirablemente recogido en el libro de Picón-Salas.

Los orígenes y vicisitudes de la Universidad; su nobles y altivos rectores, trabajadores incansables, como las abejas; las pretensiones del autócrata Guzmán Blanco, uno de los estructuradores del viejo dolor venezolano; sus hombres y sus protestas encendidas.

Hoy Mérida ha cambiado un tanto, pero todavía se respira en ella, el aroma penetrante de las viejas cosas, ricas en matices, sentimentales y criollas. Las antiguas casas de barro, han sido cambiadas por las de ladrillos y cemento; sus calles están pavimentadas y han recibido el impulso de los tiempos. Sin embargo, Mérida, como cuna que es de la cultura andina; por su Universidad, por su clima, por su gentileza, por su topografía y por mil títulos, no ha recibido en la proporción que merece, la atención necesaria y debida. No se le ha dado aún lo que se le debe. Al contrario, por allí hemos leído que algunas de las obras decretadas y emprendidas para inaugurarlas en su Cuatricentenario, van a ser suprimidas. ¡Error craso! A Mérida hay que nutrirla y ayudarla más, porque es un oasis en este devenir impaciente de nosotros los venezolanos. Hay que ponerla en contacto con toda Venezuela; hay que llenarla de las cosas necesarias; ayudar a su Universidad, crear más Escuelas en ella, y hay que explotar, racionalmente, su paisaje exuberante, formidable, alivio para caminantes y sitio ideal para reconciliarse uno con Dios, con la Naturaleza y consigo mismo. Aquellos parajes andinos son una reserva para nuestras penas y angustias, en esta contradictoria y a veces atrabiliaria Venezuela. Es de esperar que con estas credenciales y sus meritorios cuatrocientos años, esta Cenicienta querida, se la tome más en cuenta y sin quitarle el encanto de la forma de pesebre que tiene y sin romper las cuerdas sonoras de sus ríos que la escoltan para llevar sus aguas hasta el Lago que cantara el barbudo Yépes, hacerla vivir más. ¡Para algo han de servir estos cuatrocientos años!

La Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, seguramente, tomando en consideración, nuestra cálida devoción por Mérida. —estudiamos allá—, nos pidió que redactáramos unas pequeñas palabras de presentación y ofrecimiento de "Las Nieves de Antaño", este manojo de crónicas salidas de la suave y tonificante pluma de Don

Mariano Picón-Salas. El homenaje es pequeño desde el punto de vista material, pero grande en la significación, porque también es expresión de la permanente mirada que el Zulia tiende sobre aquella bella ciudad de Don Rodríguez Suárez, tan vinculada, por estrechos lazos, con esta ciudad del Lago. La Universidad del Zulia no podía dejar pasar esta oportunidad para expresar, de nuevo, su admiración y cariño, hacia la ciudad de las Águilas Blancas que, al igual de Boconó, es otro jardín de Venezuela.

En nombre de la Universidad del Zulia, entregamos este libro escrito por uno de los mejores hijos de Mérida y de hondo sabor venezolano.

HERCOLINO ADRIANZA.

Maracaibo, agosto 8 de 1958.

LAS NIEVES DE ANTAÑO

EN el escenario de fresco verdor, nieves, flores y torrentes, sierras donde los cielos se amarran como banderas, que es el de mi nativo paisaje merideño, llamábamos "sol de los venados" aquel en que la tarde se prolongaba en celajes, parecía jugar como la paleta de un pintor hambriento de matices en cada loma, en cada quebrada, en cada arboleda en que concluía el horizonte, antes de que se extendiera la noche. El sol de los venados vestía de plata más limpia, de más nítido perfil, el contorno de las cosas. Si el sol de mediodía puede cegar en el trópico con su omnipotente blancura, el de los venados parecía más propicio a la amorosa visión, a gustar la belleza antes de que perezca en las sombras nocturnas. Miro ya a ese paisaje que dejé de muchacho, con el sol de los venados que es el de mi experiencia y mi melancolía vivida. Cuando uno también selecciona el color y dibujo esencial, en el laberinto de todos los recuerdos. Ya hace años convoqué en un pequeño libro que tuvo fortuna dentro de las letras venezolanas —"Viaje al amanecer"— toda una alucinada familia de mis fantasmas merideños, y quería preguntar con la nostalgia del viejo poeta: "¿Mais où sont les neiges d'antan?". ¿Dónde están las nieves de antaño? Vivir es, a veces, asistir a una coloreada destrucción o citar en la memoria —como si ya se leyeran en arcaico libro de cuentos— seres, fragancias y cosas que pasaron por nuestras vidas.

¿Dónde están las nieves de antaño? El verso tiene doble valor evocativo porque son las nieves de la Sierra a cuyas plantas yergue la ciudad su florida meseta, aquellas en que miramos como en inmenso espejo herido por

el sol, el primer ámbito de nuestra existencia. La herencia de naturaleza maravillosa con que Dios nos había regalado. Y fuí precoz baqueano y jinete de esas cumbres, de esas "llanadas" verdes, esas torrenteras. Los pájaros que vuelan en el aire tan dulce de mi altiplanicie, parecían señalarnos una ruta de continua sorpresa como si fueran aves de cetrería. Hacia las cumbres punteras y los picachos blanquísimos, pretendíamos elevar nuestras infantiles cometas o exhalábamos la henchida respiración. Ser habitante de Mérida significaba mirar siempre hacia arriba. Como por la salud de los miembros de su familia, inquirían las gentes cómo había amanecido la sierra. En ella se leía el pronóstico del tiempo y nos brindaba el goce de sus cielos secos, maravillosamente despejados, de los días de Navidad, o las tardes melancólicas del achubascado noviembre. Como de una absorbente divinidad, como de un Olimpo más majestuoso que el de los griegos, de ella bajaban los torrentes o se precipitaba el trueno. A veces, en los días de tormenta, se trocaba en gigantesco Walhala de relámpagos y nubes. La amaban y veneraban tanto los merideños que con frecuencia temían que estuvieran mermando sus ventisqueros. Aquellos viejos señores, espontáneos poetas, naturalistas natos (porque la Naturaleza circundante nos enseña a admirar sierras, árboles, flores y cascadas), ya viejísimos en el tiempo de mi niñez como don Salomón Briceño o don Pedro Enrique Jorge Bourgoin, comentaban en la plaza si los glaciares no se estaban derritiendo. "¿Dónde están las nieves de antaño?". Pero después pensé —en todas mis visitas de arrepentido hijo pródigo a la ciudad— si es que la nieve que uno ve de niño, no esplende mucho más que aquella que nos acosa terriblemente fría y cercana, en la edad madura. ¿Dónde están las nieves de antaño? se vuelve

a repetir con el insistente estribillo del poeta de la Edad Media.

Nieves de antaño son estas páginas rescatadas de la crónica fugaz de los periódicos que la Universidad del Zulia quiere ofrecer a Mérida en el cuarto centenario de la fundación de la ciudad. Otros escritores eruditos contarán la Historia ordenada de la región y su valía y progenie dentro del proceso espiritual de Venezuela. Siempre fué Mérida ciudad culta y pacífica, de letrados, poetas y gentes corteses que no podían defraudar el compromiso de estudio y meditación a que convida su incomparable paisaje. "Por más que anduve por muchas tierras, no perdí la costumbre de ser merideño entrañable. Y los cuentos de Mérida, y el olor de sus flores y la fiesta de aguas y verduras con que la engalanó el clima, me tienen en trance permanente de retornar a su paisaje", decía ya en mi antiguo y muy merideño librito "Viaje al amanecer". En estas páginas en que nada se enseña sino un poco de alegría y amor, sigo devolviendo a mi ciudad algo de la deuda de nostalgia y ensueño que me dió para peregrinar por la vida.

MARIANO PICÓN-SALAS

Caracas, 1957.

"LOS ANDES PACÍFICOS"

EN los últimos años el automóvil y el avión acercando las gentes, han disminuído los contrastes psicológicos que se advertían entre los pueblos andinos, y entre éstos y el resto de la República. El más visible de los antagonismos —dentro de la misma zona cordillerana— era el que puede llamarse geo-psíquico entre los habitantes de los valles y vegas calientes y los de las empinadas altiplanicies, como se ejemplarizaba en las diferencias entre una villa bulliciosa, mercantil, igualitaria y extrovertida como Valera y otras de ceño más taciturno y jerárquico como Mérida, La Grita o Boconó. A medida que se ascendía en metros de altitud y se remontaba el curso de los ríos torrentosos, el alma montañesa parecía tornarse más conservadora y tradicionalista; regresábamos a estilos de vida, ética, recato y cortesía que se estratificaron en el siglo XVII español. Al caliente paisaje del cacao, de las vegas de caña, al sombreado y fresco del café y a la gélida paramera del frailejón, correspondían también psiques y actitudes distintas.

Como los primeros pobladores hispanos que huían de tan largas aventuras en el arcabuco tropical, prefirieron asentarse en lugares frescos y propicios al cultivo del trigo y de las frutas europeas, a la llamada tierra fría o templada de la zona andina se asoció un estilo histórico más patinado y venerable que el de las poblaciones de tierra baja, surgidas y desarrolladas en el siglo XIX como centros de tráfico hacia el lago o sitios de acceso a las tres únicas y pobres vías férreas que se quedaron orillando la periferia lacustre: el ferrocarril de Motatán a La Ceiba, el de los Cañitos al Vigía, el Ferrocarril del Táchira. Del camino al lago que era también el del mar y el del forastero mundo cosmopolita, bro-

taron poblaciones como la dinámica Valera en el Estado Trujillo y Colón en el Estado Táchira. Eran las postreras etapas de los largos y despaciosos arreos de mulas que por cuestas y páramos conducían a Mérida, Tovar y San Cristóbal los víveres, las telas, los implementos agrícolas, el alambre de púas para cercar las propiedades, las drogas y las cervezas foráneas. A espaldas de baqueano caminador se acarreaban también los pesados órganos de las iglesias, los pianos para las señoritas de la sociedad y las primeras plantas eléctricas. El transporte de un piano desde Maracaibo hasta Mérida por la primitiva costa lacustre del Vigía resultaba más caro que el instrumento mismo, y se elevaba a veces hasta trescientos pesos. Mientras en las villas nuevas y más próximas a los caminos de salida se albergó una sociedad más cambiante y dinámica, en otras como Mérida, La Grita, y Trujillo se siguió viviendo una existencia más formalista y jerárquica que prolongaba en nuestra serranía el mundo ceremonioso y cerrado de la España de los Austrias. Centros de vieja cultura eclesiástica y conventual, la Iglesia frecuentemente configuraba y absorbía allí —a pesar de todas las reformas republicanas— instituciones que eran más del orden civil que del religioso. Los juristas de Mérida en pleno siglo XIX sostuvieron con los Obispos Unda, Bosset y Lovera, polémicas sobre fuero, diezmos o jerarquía eclesiástica que recordaban los de los regalistas españoles en el siglo XVIII. Y la Curia emeritense —como en la Edad Media— sometió a solemne excomunión y entredicho allá por 1913 a un ilustre catedrático de la Universidad, firmante de ciertos papeles heréticos. En tan hermosas montañas parecía vivirse para el sosegado cultivo de la tierra en haciendas que jamás enriquecían; para ganar el cielo y alegar en los tribunales haciendo todavía citas del viejísimo tratado de "Derecho Español" de Sala y del venerable Derecho Canónico. No era extraño que muchos de los

doctores de la Universidad quisieran lucir, por eso, junto a la púrpura del Derecho Civil la cinta morada de la Divina Teología. Y a los lectores curiosos que podían traducir el Latín de los canónigos, el "Boletín Diocesano" servía cada mes los más enrevesados casos de la Teología moral. En Mérida nos instruían latamente de las asechanzas de pecado, antes que de los gozosos bienes de la vida.

A los contrastes geo-psíquicos, determinados por el clima y el "habitat" humano, se unían ciertas diferencias de formación histórica. Hasta 1777 la jurisdicción del Virreinato de Nueva Granada se extendía por los actuales Estados Táchira y Mérida hasta la región de Timotes. Trujillo entraba, en cambio, en el gobierno de Caracas. Y así pugnaron en los Andes desde temprano dos grandes influencias culturales: la que seguía el camino Bogotá-Tunja-Pamplona-La Grita-Mérida y la que desde la costa Caribe pasando por El Tocuyo y Carora llegaba a las primeras "cuchillas" trujillanas. Aun el observador que mire más allá del camino real, observaría en comidas, fiestas, supersticiones o trabajo artesanal, la coexistencia o el choque de estas dos corrientes históricas. Pero el desarrollo y rapidez de las vías de comunicación unifican cada vez más, dentro de una estricta homogeneidad venezolana, los contrastes y antagonismos. Un habitante de Valera, por ejemplo, ya no siente tanto su diferenciación de las gentes de la tierra fría porque en poco más de veinte minutos de autobús sube hasta la fresca explanada de Escuque o al boscoso y húmedo paraíso de La Puerta, como otro de Mérida descubre el trópico en toda su abrasada opulencia descendiendo en una hora a las antes terríficas laderas que caen a las vegas de Estanques y al bajo Chama.

Dentro de la unidad andina hay que atender, sin embargo, a la regional tipología de los tres Estados. El Trujillo de tan legendaria tradición guerrera, tan quisquilloso y castellano en

su vieja Ética caballeresca del honor, es diverso de la Mérida universitaria, parsimoniosamente conservadora y más irónica que violenta, y del Táchira nuevo, progresista y emprendedor, con gran sentido pragmático. Irónicamente un merideño que acompañó a otros andinos en expediciones y aventuras políticas por toda la República, definía de este modo la actitud de las gentes de la Cordillera ante el concreto hecho económico. "Los trujillanos —me decía— prosperan, si hay; los tachirenses haya o no haya y los merideños no prosperan, haya o no haya". Con el fatalismo de mi paisano y a fuero de buen merideño, me satisfice pronto con mi destino de inferioridad económica que nos asigna tan graciosa máxima.

LA CULTURA QUE NO ESTÁ EN LOS LIBROS

Porque hasta comienzos de este siglo, los Andes tuvieron una vida relativamente autónoma y comunicada con el mundo exterior más por el lago de Maracaibo que por el litoral del centro del país, venezolanos de otras partes cuando vieron insurgir las montoneras de Cipriano Castro que de modo tan fulgurante ocuparon el Capitolio, atribuyeron a los andinos una serie de mitos y prejuicios. Se habían ya olvidado los orientales de Monagas y los corianos de Falcón, y tocaba a las gentes de la montaña su turno en el reparto y la ofensiva caudillesca. A la zaga de los caudillos venían también bachilleres, letrados o candidatos a funcionarios públicos. Como ocurre en todas las revoluciones, se habían quedado en casa las gentes que tenían algo que guardar, y no querían exponerlo a los azares y precipitación de la guerra. También en los Andes —como en todas partes— había castristas y anticastristas, gomecistas y antigomecistas. Pero la imagen del andino belicoso que peleó en

Tocuyito y usufructuó pueblos como Jefe civil, opacaba la de multitud de montañeses pacíficos —inmunes a toda excitación política— que permanecieron adheridos a su pegujal. Para muchos compatriotas distantes, los "andinos" venían a descubrir la Cultura en Caracas, ignorando no sólo los 143 años que ya tiene la Universidad de Mérida, sino la más añosa tradición colonial de los Colegios de Mérida, La Grita y Trujillo. Se sabe mucho de los guerreros de Tononó y de La Mocotí pero muy poco de un Canónigo Uzcátegui que ofrecía al Rey de España a fines del siglo XVIII todo su peculio personal para que le permitiese crear en los alrededores de Mérida una de las primeras escuelas de "oficios útiles" que debían fundarse en los dominios españoles. Y música, bibliotecas, periódicos y libros impresos había en los Andes muchísimos decenios antes de que los andinos de Castro descubriesen el Capitolio. A fines de la Colonia ya hubo gentes que llevaban a la montaña —como el legendario Obispo Torrijos— aparatos de Física y Química y muy profanos libros de lo que entonces se llamaba "Filosofía Natural". Y no es de gentes incultas sino de teólogos y juristas, la vivaz dialéctica que exponen los patriotas merideños al adherirse a la Junta de Caracas y clamar por la independencia en setiembre de 1810. Después, en la Mérida de hace más de un siglo, Miguel María Candales podía enseñar a sus alumnos en su propio y muy novedoso texto de Gramática Latina; Juan de Dios Picón alegar liberalísimamente contra el fuero militar y eclesiástico y escribir sobre Estadística, Geografía y planes de Industria y Educación para su provincia; el Maestro José María Osorio instrumentar una ópera y doña Berenice Briceño en gentil acceso de frenesí romántico, componer una tragedia que quería emular con Zorrilla y el Duque de Rivas y que se llamaba "La flor de cabiorá". Había representaciones dramáticas de aficionados; tertulias con música y poesía, solemnes

colaciones de grado, pícaras "ensaladillas" y epigramas de los estudiantes; vida espiritual que se abría paso a pesar del soledoso hermetismo montañés. (En visitantes y viajeros de nota como el colombiano Laverde Amaya, autor de un pintoresco libro de viajes por nuestra cordillera, y la francesa Madame de Roncajolo se hace justicia a la buena sociabilidad y cultura de aquellas provincias en las décadas del 70 al 80. Y en la "Geografía Universal' 'de Eliseo Reclus hay una encantadora página dedicada al penseroso sosiego de Mérida.)

Cultura provinciana, sin duda; de mucho madrugar, andar a caballo por la posesión agrícola y sentarse a leer reposadamente junto a los corredores de la hacienda, festoneada de albricias. Porque los caminos eran malos y todo no podía traerse de las costas a lomo de mula, la inventiva autóctona debía sustituir frecuentemente las deficiencias técnicas y los reclamos de la producción. Para el beneficio del café y la elaboración de la harina, se improvisaban trilladoras, molinos, cilindros y descerezadoras, reemplazando ya la tracción animal por la fuerza hidráulica. Se adaptaba a la rueda Pelton y a las complicadísimas poleas traídas de Estados Unidos, algún pesado artilugio mecánico de invención criolla. Esto, hasta que las carreteras y las modernas "Caterpillars" ensanchando las montañas, permitieron conducir máquinas de mayor precisión e ingente tonelaje. Enternece a medio siglo de distancia la lectura de un periodiquito de tan sabias lecciones agrícolas y económicas y de tan progresiva conciencia industrial como aquel "Paz y trabajo" que dirigió en Ejido el Dr. Julio C. Salas que pretendía orientar a conuqueros y ganaderos, y en el que pedagógicamente se disertaba sobre semillas, conservación de suelos, abonos, cultivos y pequeñas industrias rurales. Y es que junto a los montañeses agresivos hubo también los pacíficos y sedentarios; los hombres de Escuela y granja, los que continuaron una tradición que iniciada

con el enciclopedista Canónigo Uzcátegui se prolongaba en gentes de tanto ímpetu moderno como un Rafael Salas y el primer Caracciolo Parra en el siglo XIX, y un Diego Febres Cordero —creador del milagro agrícola de Rubio— hasta la segunda década de la presente centuria.

Se mantuvo, asimismo, una tradición de artesanía autóctona que sólo ha venido a dislocarla nuestra modernísima cultura aluvional, de mercancías importadas y de dinero fácil. En los Andes, la casa con su huerta doméstica, su horno para el gran amasijo, su gallinero, sus árboles frutales y hasta sus colmenas de abejas, era una unidad de producción en que las mujeres trabajaban como la 'Penélope' de la "Odisea". Codazzi enuncia en su vieja Geografía las ancestrales manufacturas merideñas de alfombras, cobijas, juguetes pascuales, confites y bocadillos y toda aquella algazara de objetos nativos que aun en el tiempo de mi infancia se vendían en el rumoroso mercado de Mérida y en los tenduchos y talleres criollísimos de la hoy muy cambiada Calle de Lora. Se mostraban obras de muy limpia talabartería, empinadas sillas de montar; estribos, polainas y gualdrapas; guruperas y pretales; frenos de muy fino trabajo; rejos para enlazar; cordeles y cabuyas; tripas y cuerdas para guitarras; violines y requintos de confección aldeana; muñecos para los pesebres y santos de toda índole que acaban de salir con sus grandes chisguetes de pintura, del beatífico taller de don Aquilino Briceño. Las "donadas" del ya extinto convento de las Monjas Clarisas podían realizar en azúcar para deleite de un obispo humanista como Monseñor Silva, los símbolos y emblemas del Antiguo y el Nuevo testamento: el Cordero pascual, el buen pastor llamando a su rebaño, el viñedo de la Eucaristía.

Pueblos de muy concentrada religiosidad, en torno del templo —como en la Edad Media europea— parecía cobijarse

la vida comunitaria. Antes que los arquitectos y los ingenieros viniesen a planificar las ciudades, hubo alarifes de muy graciosa invención. Me acuerdo todavía del muy mentado Lísimaco Puentes a quien llamaban en toda la Cordillera el "Constructor de torres" porque desde las bajas y míseras casas de los hombres, se había disparado con sus "duomos" de ladrillo y blanca argamasa a la conquista de la Eternidad. Supo levantar y rematar a plomada una de las torres gemelas de la Catedral de Mérida que según decían los mayores estuvo a punto de convertirse en torre de Pisa después del terremoto de 1894, y aprendiendo en tan grande estructura lanzóse ya en profesión de torrero magnífico por todas las iglesias de la Serranía. Cuando en cualquier pueblo de los tres Estados la junta de damas y caballeros piadosos había reunido los primeros cuatrocientos pesos para reparación o construcción del templo, se llamaba a Lisímaco Puentes para que le aderezara su peculiar "campanile". Había inventado un como estilo románico de su propio magín, potente de llenos y masas de ladrillos, que llega a su clímax artístico en la torre y las cúpulas de la iglesia de Escuque. Este pueblo trujillano quedó tan contento con la buena obra del artífice que en el frontis de la Iglesia se recuerda su nombre y se le sigue rememorando como los florentinos al Giotto. Y tras de Lisímaco marchaba siempre en noble expedición estético-religiosa, el Maestro Antonino Dávila, extraordinario tallador en madera, de púlpitos, baldaquinos, altares y confesionarios; el más genial ebanista que acaso hayan conocido Los Andes. Todo merideño de las viejas generaciones y que se estime, nació en esas camas de muy florido y señorial copete, de recia caoba y muy robustas columnas salomónicas que el maestro Antonino sabía tallar y labrar como un Bernini de la madera.

Y en un paisaje de musgos y frescura navideña, vuelvo a escuchar aquellos "violineros" del longevo y venerable Maestro Deogracias —especie de Orfeo de los campos de Méri-

da— en las liturgias pascuales; verdadero encantador de bodas, bautizos y pesebres campesinos. "Violineros" —para diferenciarlos de Paganini y Stradivarius— en cuanto sus instrumentos no habían sido fabricados en Cremona sino en Los Andes y en cuanto las cuerdas metálicas podían ser sustituídas impunemente —como en el alba de la música— por las tripas de un recental. Pero con su repertorio de villancicos y músicas para las "paraduras" del niño, para las fiestas de Reyes o de la Candelaria, formó escuela y trasmitiendo su primitiva sabiduría a los entusiastas discípulos, fué a morir como un Pitágoras errante y casi centenario, en una aldea trujillana.

Otros oficios y artesanías andinas: telares indígenas de Mucuchíes; petates y esteras de Lagunillas; muñecos de anime, variada loza del Táchira, eran también la expresión de un pueblo laborioso que tenía que complementar con sus manos lo que no le daban los estrechos conucos. Y un amor de la casa campesina, blancamente encalada de vivo zócalo azul y rosadísimas tejas, que parecían acabadas de salir del horno. Cautelosa Economía doméstica que gusta de la comida abundante, de la cama limpia, de la cosecha de cebollas y papas guardadas en la despensa, del altarcito poblado de santos y del patio florido de macetas. Un orden familiar y rural de la vida como no se encontraba paralelo en otras comunidades venezolanas. No se contaba con los Dorados promisorios de la Guayana ni el dinero más fácil de las poblaciones mercantiles y costeras, y la riqueza —cuando se conseguía— no era sino la suma lenta y heroica de millares de horas de trabajo, de ahorro, de inventiva y cálculo. Si —como todos los venezolanos— los andinos también esparcieron violencia en esta diáspora azarosa que fué la Historia del país, debe abonárseles, en cambio, la positiva virtud de su prudencia vital. No sólo fué andino Juan Vicente Gómez; también lo fueron civilizadores

y filántropos, hombres de tan benéfico espíritu creador como el Canónigo Uzcátegui, Monseñor Zerpa, el viejo Parra y Olmedo, Eusebio Baptista, Juan de Dios Picón, José Gregorio Hernández.

PROBLEMÁTICA DE HOY

Hoy los Andes —acaso con mayor angustia que otras regiones del país— ven en crisis su antigua y sosegada Economía natural y requieren adaptarse a nuevos imperativos técnicos y capitalistas. La Agricultura de cerros y vallecitos estrechos, arada por la milenaria yunta de bueyes, no puede competir con la mecanizada Agricultura de las planicies. La Erosión sigue destruyendo las tierras; ahondando calveros y profundas grietas en las que ayer fueron montañas húmedas y boscosas. Ya no basta para el tranquilo orden de las modestas familias labriegas, asentar los hijos en el trabajo del conuco o sembrando a medias con el latifundista, o haciéndose curas, soldados y funcionarios aquellos que querían dejar la heredad. A hacinarse, perder el buen color y el prudente estilo campesino de vida, marcharon centenares y millares de mozos a los campamentos petroleros del Zulia y Falcón. Cambiaron la mistela y el anisado por el whisky, las alpargatas por los mocasines, y leyeron los "Tópicos Shell" sin que eso refluyera para la provincia en verdadero progreso social. A otros, el camión de carga con que van a Caracas, Maracaibo o Puerto Cabello llevando o trayendo mercancías, los emancipó de la fuerte raíz tribal de la familia y se trocaron en gentes nómadas y escoteras, casi sin querencia en ningún sitio. Hay detrás de los cerros, blancas aldeas donde predominan las mujeres porque la mayor parte de los hombres partieron en busca de una lejana riqueza. Quizás —y a pesar de la mayor circulación monetaria— hay menor abundancia de víveres y comidas que en

aquellos años dorados de la gran producción cafetera cuando no faltaba en cada casa rural el gran amasijo de morenas acemas; la espesa y nutritiva chicha de maíz (que en los Andes era alimento más que bebida), las cremosas cuajadas, la amarilla y potente sopa de arvejas maduras sazonadas de yuca, plátanos y ají, y la mazamorra y el guarapo caliente para nutrir a los muchachos. La población crece en progresión más alta que los recursos técnicos y económicos, y no es aventurado decir que entre las primeras "cuchilladas" andinas del Distrito Carache por el Norte y el río Táchira por el Sur, habitan ya un millón de personas. (Es un territorio dos veces más pequeño que los llanos del Estado Guárico, 6 mil kilómetros menor que el despoblado Estado Barinas y la décima parte del Estado Bolívar.) La que era existencia sosegada, patriarcal y casi autónoma, con los cánones del siglo XVIII y aun con las formas económicas que prevalecieron en Venezuela hasta 1920, resulta ya dificultosa y problemática ante las exigencias de hoy. La mayor riqueza de los Andes era el vigor y sobriedad de sus gentes y sus hábitos de trabajo, pero esto ya no sirve cuando las tierras comienzan a erosionarse y empobrecerse. ¿Y cómo restablecer los módulos del antiguo trabajo rural en competencia con los altos salarios y la fascinación del petróleo?

Dentro del plan general de Venezuela quizás se requiere un prospecto de Los Andes —considerando los tres Estados como región natural y unidad geográfica— que reforeste y recupere las tierras perdidas; racionalice y modifique los cultivos, incorpore a formas modernas de producción el buen instinto artesanal de las gentes, y abra todos los caminos necesarios para la conquista económica de ese "hinterland" que al pie de la Serranía forman los llanos barineses y las tierras bajas de la periferia lacustre. Y cuando un gran ferrocarril de penetración se construya —preterido sueño andino de hace más de ochenta años— las caí-

das de agua y los blancos chorrerones que se despeñan de los páramos podrán electrificar una industria como la que al pie de los Alpes forjó la grandeza de la Italia del Norte. En esa soñada Venezuela, Mérida y Trujillo serían el Piamonte, y el Táchira la más ancha Lombardía. Próvidas de aguas y con ritmo creciente de población, ciudades como San Cristóbal y Mérida ya no se conforman con su arcaico destino rural; quieren ascender a la moderna tecnología. Con mejores rutas y organización económica, el capitalismo —que ya comienza a ser henchido— de una metrópoli mercantil como Maracaibo, podría volcarse también sobre la región montañesa. Los Andes tienen no sólo frescos paisajes, ríos blancos y lejana corona de nieves perpetuas para reparo y alegría de los turistas, sino esfuerzo humano —que como en toda Venezuela— a veces degeneró en aventura y violencia, cuando encontraba obturados los ecuánimes caminos del trabajo pacífico. Y no es cuestión de que cada comarca presente a las otras su lista de agravios y resquemores regionales, sino que todas se identifiquen en la tarea de la patria única.

EN LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

AGRARIO y eclesiástico (como correspondía al espíritu de la ciudad en el siglo XVIII), fué el origen de esta Universidad. La atrayente historia acaso comienza cuando ese muy ilustre civilizador de toda la región andina que fué el Canónigo Uzcátegui marchó por fragosos caminos a encontrar al primer Obispo de la Diocésis, Fray Juan Ramos de Lora, retenido entonces en Maracaibo por el demasiado amor de nuestros amigos maracaiberos que recelaban de que la sede episcopal morase al pie de la Sierra Nevada. Y hay en esos días un deleitoso y casi medieval contrapunto entre las dos ciudades occidentales para ganar primacía de estudios y de religión, disminuyéndose mutuamente sus comodidades, méritos y piedad para recibir al Obispo. Como típica expresión de localismo en una patria que todavía no se soldaba ni lograba clara conciencia de su unidad, se pueden leer en una serie de documentos que comienzan en 1785 y terminan en 1810, en las vísperas mismas de la Independencia, las listas de agravios —extremadamente pintorescos— que las rivales comarcas presentaban a esa oficina mayor de chismes de la inmensa Monarquía española que era el Palacio de Madrid. Hay un despiadado vecino de Maracaibo el Licenciado don Josef García y Oliva, Defensor de temporalidades en 1787, completamente insensible a la belleza del paisaje de Mérida, que acumula contra nuestra recatada ciudad montañesa toda una prematica de denuestos. Según él, nadie puede vivir a gusto en Mérida pues la región es "escasa de ganados, con terrenos de suma esterilidad y sierras muy escarpadas de nieves y páramos". Agrega la injuria de llamarnos "terreno enfermizo", "propenso al mal de cotos y paperas que salen en las gargantas". De acuerdo con su bilioso juicio quien recorriera las calles de Mérida no vería "sino estudiantes y niños pobres y vagos, faltos de todo auxilio y doc-

trina". Y como es natural, los merideños reunidos en la casa de los Rodríguez Picón, los Dávila, los Nucete, los Paredes, los Ruiz Valero o los Uzcátegui interrumpen una sabrosa partida de malilla para replicar los agravios y oponer como singular argumento climático al destemplado frío que los hijos del Lago atribuían a nuestras montañas, la equiparable aspereza del calor maracaibero. Es toda una disputa medieval entre el frío y el calor y que conviene más a los humores del estudiante y al buen desarrollo de la "imaginativa", la que se plantea entre ambas ciudades. Pero rendido por la hospitalidad y magnificencia como de príncipe renacentista con que vino a recibirle el Canónigo Uzcátegui, Monseñor Lora se decidirá por Mérida y asentará aquí su cayado de obispo caminante. Además, aquel primer prelado merideño había vivido en la mexicana ciudad de Puebla de los Ángeles que por la altitud y proximidad de sus nieves y montes, se parece más a Mérida y está más cerca del cielo que la opulenta Maracaibo.

Y poco tiempo después de llegar a nuestra altiplanicie está comprando solares para construir el Seminario. núcleo inicial de la futura Universidad de San Buenaventura. Debió tener fino gusto estético porque plantó la fábrica entre la Plaza Mayor proyectada sobre la sierra y las floridas barrancas en que la ciudad se asoma al clarísimo espejo del Albarregas. Desde entonces, este río que esparce blancura como ya lo da a entender su nombre; más sosegado, labriego y erudito que el turbulento Chama, se vincula a la historia estudiantil de Mérida y ha venido a ser en nuestra tradición como el Tormes para la venerable Salamanca. El Albarregas, tan próximo a la Universidad, aprendió pronto versos de Garcilaso y declinaciones latinas. Se doctoró en ambos Derechos y es el más encanecido maestro y poeta de la ciudad. Lo cruzaba a caballo para ir a sus tejares y trapiches de San José y fundir el primer cañón de la Independencia, el diligentísi-

mo Canónigo Uzcátegui; fué fiel amigo del Rector Agustín Chipía, de don Emilio Maldonado, de don Tulio Febres Cordero, de los poetas de la generación de "Génesis" y "Literatura andina", merideños que paladeaban como dorado vino añejo el espíritu de la ciudad. Allí hacían milagros el Obispo Arias, Monseñor Zerpa, el Padre Miguel Lorenzo —candidatos a santos en la rica hagiografía merideña— y los mejores sonetos de su generación el poeta Humberto Tejera. Baño natural y reñidero de estudiantes, paraíso sombreado de ceibos y naranjos para los flojos que escapaban de clase; mirador y casi confesionario romántico de adolescentes que llevaban a aquellas riberas de luz, verdor y aguas maravillosas, su primera sorpresa y estremecimiento ante el misterio del mundo. ¿Cómo no conoció y se encantó con el Albarregas el malhumorado Doctor don Josef García y Oliva, adversario de Mérida y defensor de temporalidades? Pero a pesar de que crecía la edificación emprendida por Monseñor Lora, y la buena prosa del Mayordomo Juan Moreno describe en un documento de 1790 los "pesados tapiales de bastante firmeza", los tejados de "alfalderías" (bonita palabra que desapareció de nuestro vocabulario) y los veinticuatro cuartos ya construídos en tres extensísimos patios y dos pisos, con pilares de mampostería y madera labrada de "la firmeza y curiosidad que permite la situación de la ciudad", no obtienen los vecinos en su farragosa y papelera disputa con el Monarca, que el corazón real se ablande y otorgue al Colegio dignidad universitaria.

¡Oh si ese obeso y obseso Carlos IV, tan intolerante con Mérida, caricaturescamente pintado por Goya en su actitud de buey manso de un Imperio que comenzaba a destruirse, hubiera visto alguna vez las mariposas y colibríes de nuestro paisaje serrano, las verdes montañas que enmarcan la altiplanicie, los diáfanos ríos que la circundan, y saboreado la dulzura de nuestros aires! Pero para vencer su testarudez no se había inventado

entonces la fotografía en colores y la prosa en que argumentaban su causa los merideños, era bastante curialesca y pesada. Apenas, todo malhumorado, el Monarca accede desde el florido sitio de Aranjuez en 1807 a que el Seminario tenga estudios generales de Gramática, Filosofía, Derecho Civil y Canónico a más de las Sagradas Escrituras y que otorgue grados en dichas disciplinas, lo que evitaba a los escolares el fatigoso viaje en mula a Caracas o Santa Fe de Bogotá. Y cuando el Teniente de Justicia Mayor de la ciudad don Antonio Ignacio Rodríguez Picón manda que se propale la noticia, entre grandes regocijos públicos, quiere entender —excediéndose un poco en la interpretación del documento— que la gracia del Soberano vale ya por el título de Universidad. Entretanto, habían acontecido en Mérida y en su primer núcleo académico una serie de hechos de significación considerable: se adscribieron al patrimonio del Colegio varias de las haciendas que fueron de los jesuítas como San Jacinto, Santa Catalina, los Cacutes, San Jerónimo, la Virgen, el Hato del Pagüey que bastaban al decente mantenimiento de catedráticos y escolares: ("medio real de pan, medio real de carne, todo lo necesario de recado para la olla, un millar de chocolate por mes, ocho reales de velas y cuatro reales de conservas, más trescientos pesos de salario anual era la bonificación de un maestro según un documento de 1794) y causando tormentosa perplejidad intelectual llegaron en 1793 los treinta mil volúmenes, las máquinas eléctrica y neumática y los globos terráqueos y celestes con que dotaba al Instituto el enciclopedista obispo Fray Manuel Cándido de Torrijos. Es decir, las gentes se pusieron a leer lo que habían ignorado en más de dos siglos y medio de aislamiento y empirismo agrario. El Canónigo Uzcátegui había intentado fundar en la cercana villa de Ejido la primera escuela de oficios útiles para sacar al pueblo de su centenaria condición de sirvientes y enfeudados, y el nocturno chocolate de los hidalgos y estu-

diantes se puebla de nuevas y explosivas materias de cavilación y desvelo. En Santa Fe de Bogotá, muy comunicada entonces con Mérida por los viejos entronques virreinales, don Antonio de Nariño ha impreso y hecho propagar los "Derechos del hombre y del ciudadano". Está cambiando profundamente el mundo en la década final del siglo XVIII y primera del siglo XIX.

Por los tres grandes patios del Instituto alternan entonces con sus compañeros serranos, los jóvenes ansiosos venidos de Trujillo y Barinas, de Guanare y de Coro, que en 1810 contribuyen a animar la rebelión de la Junta Patriótica y serán prelados, juristas, héroes de la futura República. Los que se incorporan al Ejército de Bolívar cuando por primera vez se le llama Libertador al entrar en la ciudad en 1813, y no mueren en Niquitao, Bárbula, Los Horcones (los héroes niños de que habla Bolívar en conmovedora carta), o no perecen en las mazmorras de Puerto Cabello y en la diáspora de 1814, bajo la represión realista, irán a los Congresos de la Gran Colombia o actúan como consejeros de alto sosiego bajo el gobierno de Páez. Los claustros de Mérida darán a la República naciente la noble prosa humanística y los versos latinos del Obispo de Trícala; la santa prudencia del Obispo de Jericó, Monseñor Arias, y los tratados político-económicos de tan documentada sensatez, del Maestro Juan de Dios Picón.

Parece de milagroso significado histórico que una de las primeras reivindicaciones de los patriotas merideños al formar su Junta autonómica de 1810, sea darle ya, al Colegio, el título de "Universidad de San Buenaventura de Mérida los Caballeros" "con todos los privilegios de la de Caracas y con la facultad de conferir todos los grados menores y mayores en Filosofía, Medicina, Derecho Civil y Canónico, Teología". De un firme plumazo aquellos varones al empezar a romper los vínculos que nos ataban a la lejana metrópoli española e invocar su derecho a un

nuevo tipo de sociedad política, señalaban como primera consigna un reclamo de cultura: hecho único y extraordinariamente enaltecedor que debiera grabarse en el blasón espiritual de Mérida. Es decir que tan necesaria como la preparación de la guerra contra los españoles que inexorablemente vendría, era la "republicanización" (permítaseme la palabra difícil), de los estudios. Y al "Trivium y Cuadrivium" tradicional, agregaba el acta de 21 de setiembre de 1810 una nueva cátedra de Filosofía y otras de Anatomía y Matemáticas. Y los jóvenes juristas que ya había formado el Colegio —principalmente Talavera— se ocuparán en los meses siguientes de redactar una Constitución de la provincia en que quedan abolidos los mayorazgos y otros privilegios aristocráticos y se formula, por primera vez, en estas montañas una teoría democrática del poder público. Es ésta la mejor tradición cívica de Mérida y parte de sus memorables ejecutorias en la formación del Estado venezolano.

Después la Historia de esta casa ha de mezclarse en el piélago turbulento, pero a la larga igualitario y progresivo, en que hay épocas bonancibles y épocas adversas, del común proceso nacional. Años de guerra civil y de miseria en que los catedráticos daban sus clases sin esperanza de pago o acudían a las aulas con sus levitas decimonónicas tornasoladas por el uso. Tiempo bravío en que los sucesivos invasores de nuestras contiendas fratricidas ocupaban la ciudad e iban a encender fogatas para la intemperie nocturna, con los viejísimos infolios del Obispo Torrijos. O los patios de la Universidad —tan próximos al antiguo Cuartel—, sirvieron de hospital de sangre o cuadra de caballos guerrilleros. O llegan a Mérida las gentes desoladas que venían escapando del incendio de los llanos durante la guerra federal. O la pueblan las caras famélicas que se salvaron de la terrible trampa de Mocomboco. Y se consuma el abuso del General Guzmán Blanco de privar al Instituto de sus antiguas fincas sin de-

volver el precio del despojo. Había venido a menos la firmeza económica de la Universidad a fines del siglo XIX: se nutre en 1883 con cuarenta y cinco mil cuatrocientos bolívares anuales, frecuentemente retardados en la Tesorería, y paga a sus catedráticos ciento veinte bolívares al mes. Lo que perdió en fortuna material se le devuelve en adjetivos, y ya se le llama "Universidad de los Andes" esperando que con tan menguados recursos centralice y oriente la vida espiritual de toda una vasta zona del país. Pero en esas épocas de infortunio hay merideños celosos, legítimos herederos de aquellos que pelearon a Carlos IV la fundación del Instituto, que defienden la urgencia de Cultura sobre todo vaivén político. Un Ministro de Instrucción de aquellos días reprocha al diligente, áspero y austero Rector Caracciolo Parra, que escriba a instituciones europeas y americanas y aún a Jefes de Estado, pidiéndoles libros para la Biblioteca, sin cumplir el trámite protocolar de remitir las notas por conducto de la Cancillería. Y el Rector responde con la más enfática entereza que cuando el Instituto está tan abandonado, es preciso no fijarse en esas minucias ceremoniales y buscar libros donde puedan darlos. Y el mismo viejo Parra, fuerte y duro como el guayacán de las tierras trujillanas, cumple proezas de fundador: ahorra, pide e insiste para acabar la construcción del edificio; cuida los ladrillos y los sacos de arena, y se da también el lujo de levantar la torre del observatorio que en su sueño romántico debía parecerse a las más medievales torres de la universitaria Bologna. Adereza, asimismo, el primer gran salón de actos públicos donde los merideños de comienzos de siglo veían las recientes e instructivas maravillas del cinematógrafo Lumière.

Y a pesar de tener fama la ciudad de ser de índole más eclesiástica y ritualista que otras del país, también hubo campo para la heterodoxia en esta casa de estudios. Al cobijo de la Universidad se formaron algunas de las generaciones litera-

rias, científicas y políticas de más notoriedad en la historia de la cordillera y de todo el país: la de Gonzalo Picón Febres y Tulio Febres Cordero; la de Morantes y Abel Santos; la combativa generación positivista de Julio C. Salas y Samuel Darío Maldonado; la de "Génesis" que trajo el modernismo literario a las Sierras Nevadas; la de la revista "Los Andes" y "Literatura andina"; las de 1920 y 1930; las que ahora despuntan en la vida nacional. Y en el sucederse de los tiempos, desde los días que ya nos parecen de conseja del Obispo Torrijos, hasta los de nuestra época atómica y existencial, frente a la común rutina y pasividad de muchas gentes, siempre hubo aquí promociones de mozos que fijaban su presencia en el mundo con una agitada invocación al espíritu y desde el silencio de estas montañas querían ir a conquistar las islas maravillosas de la Utopía. Ninguna Cultura tiene validez si además de ordenar para el hombre los datos del mundo físico y de la conciencia, no lo eleva asimismo hasta el sueño de mejorar el Universo y de vencer —hasta donde sea posible— el mal y la adversidad. Y cuando de muchachos leíamos los primeros versos y discutíamos los primeros grandes libros en estos claustros merideños, ellos parecían impregnarnos de aquella materia soñadora, utópica y quijotesca que le da suprema razón e inextinguible acicate a la vida.

Entre todos los tesoros que no se pueden disputar a Mérida está el de su prodigiosa naturaleza. Supremos dioses poetas se pusieron en este rincón de Venezuela a plegar y enverdecer montañas, tallar altiplanicies con el cuchillo de los ríos blanquísimos, desgajar nevados torrentes por las grietas de los cerros, congregar flores, pájaros y mariposas para contento de los hombres. El merideño que viaja, lleva la iluminada fábula de su paisaje como permanente nostalgia. Y la franciscana cercanía de árboles, aguas, horizontes de placentero verdor, parecen convidar en Mérida al estudio y la meditación. Nuestra tradición de Cultura

—por modesta que ella parezca— nos hizo en general gentes reflexivas, corteses y razonadoras. El auge que ya tiene la Universidad hace presentir lo que será mañana en una patria creciente y con mayor espíritu de emulación y trabajo. Si Facultades y Escuelas nuevas se han ido agregando a los programas tradicionales, como la de Ingeniería Forestal que debe cumplir en Los Andes la tarea de defender y conservar nuestros despojados recursos naturales, otras aguardan el turno de incorporarse a nuevos planes de enseñanza. Quizás junto a las Escuelas profesionalistas nos hacen falta —aun para mejor fundamentación de aquéllas— más Ciencias puras y más Humanidades. Parece un poco anómalo que no exista aquí una Escuela de Letras, Filosofía y Educación para que las nuevas generaciones no pierdan el necesario amor por la Cultura desinteresada, por el orden de las ideas, el buen uso del idioma, el análisis de la realidad social e histórica, sin los cuales el proceso del país no se organiza en conciencia creadora. El entusiasta renacer de los estudios humanísticos, de las discusiones y cursos libres de Cultura que ahora se observa en Caracas, debe contagiar a Mérida con un fervor parecido a aquel con que los patriotas merideños de 1810 pusieron en la primera lista de sus nuevas reivindicaciones y derechos, la consigna de su Universidad republicana.

El destino de Mérida se asocia desde entonces e indisolublemente, al de esta casa universitaria que ha sido, tal vez, nuestra mayor empresa histórica. Y en el auge y la defensa de ella, en el cuidado con que debemos ayudarla y mejorarla siempre, se involucra y responsabiliza nuestro civismo regional como parte entrañable de nuestro común deber de venezolanos.

TESTIMONIO DE MÉRIDA

NO era ministerio fácil el de Cura en aquellas soledades del Virreinato de Nueva Granada en el siglo XVIII. Casi toda la larga vida de don Basilio Vicente de Oviedo se la pasó escribiendo en once dilatados volúmenes lo que puede llamarse una enciclopedia del saber sacerdotal desde las más elevadas noticias sobre la naturaleza de los ángeles, la vida de los patriarcas, profetas, príncipes cristianos y sacerdotes, las doctrinas de los santos concilios, hasta nociones más simples, prácticas y cotidianas, cómo en cuánto se calcula la congrua sustentación de cada curato desde los Andes de Pasto hasta los llanos de Barinas, y otros datos útiles sobre remedios caseros —cataplasmas, bebedizos, confortativos— con que el sacerdote perdido en pueblos tan hoscos, puede socorrer a sus feligreses. Entre éstos, no todo es rebaño dócil; la actitud de los pueblos ante el párroco cambia con los climas y hábitos de vida civil. El Padre Oviedo se expresa, por ejemplo, con suma acritud de los habitantes de Pedraza, en tierras barinesas, pues a más de abundar allí "los zambos caratosos", viven "sin cuenta y razón", "tienen cabeza de ignorancia" y "no se confiesan ni en artículo de muerte". Conviene que además de su breviario, sotana, balandrán y aporreado Latín, el Cura conozca las plantas y animales del lugar en que habita y actúe de médico o simple curioso cuando no sólo peligran las almas sino también los cuerpos de sus fieles. Un bebedizo o una cataplasma oportuna completan el efecto carismático de la oración.

¡Qué deleitoso el capítulo segundo de las "Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada" de don Basilio Vicente en que habla de árboles, yerbas, untos y medicinas! Sabemos por él que el anime no sirve sólo para hacer figuritas, pájaros y corderos de pesebre, pues también "conforta la cabeza de los

que padecen vahidos". Todo el mundo aprecia las virtudes del "salsifraz" que quebranta las piedras de la vejiga; de la "caraña" trementinosa que en forma de apósitos y sahumerios se usa contra las dolencias producidas por el frío; del "coralito" eficacísimo para erupciones, empeines y manchas, y de otras panaceas que ofrece nuestra flora indiana o se trajeron de España. Hay desde la espadilla, la escorzonera, la milagrosa zarzaparrilla, hasta el humildísimo y melancólico llantén. Una huerta con malva, romero, toronjil y ruda, debe ser gentil complemento de toda casa cural.

Pero más que por tan añejas recetas, el libro del Padre se hace simpático a los venezolanos por la curiosa descripción de ciudades, villas y curatos de las provincias de Mérida y Barinas antes de que se incorporasen a la Capitanía General de Venezuela y se fundase la diócesis merideña. Al hablar de Mérida la prosa del cronista se eleva hasta lo lírico. Ni el valle de Popayán, ni la sabana de Bogotá, ni la apacible y verdeante vega de Sogamoso (¡qué sauces, qué álamos, qué aguas quietas!) logran entusiasmarle como la meseta que tajaran con cuchillo de diamante los ríos serranos, para que surgiera Mérida. Peculiaridad de la provincia es que también "produce ingenios excelentes, pues los más que se aplican a las letras salen aventajados y son agudos y perspicaces". El capítulo XVI del libro lo dedica a la descripción de la ciudad. Enaltece en esa Mérida del siglo XVIII no sólo sus Conventos de San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, el Colegio de Jesuítas tan "rico de haciendas", el hospital y monasterio de monjas de Santa Clara donde ya las manos monjiles hacían tantos primores en bordados, figuras de anime, "delicadas" y "brillantes" de azúcar, sino otras rarezas y maravillas de la Geografía con que la ciudad compite con muy prósperas y hermosas villas indianas. ¡Qué emoción —tan del siglo XVIII— pasar el torrentoso río Chama en "cabuya", camino

de los floridos prados de San Jacinto, y beber aquellas aguas clarísimas, dulces y frescas que parecen el llanto de la Sierra Nevada! Y luego los pájaros, las frutas, las flores. El Padre Oviedo goza enumerándolos. "Hay toches y turpiales de cantos muy sonoros". Se producen "manzanas, duraznos, membrillos, granados, plátanos, chirimoyas, aguacates". "Hay abundancia de buen trigo, maíz, papas, arracachas, yucas y riquísimos cacaos". Es decir que para ofrecer fragancia, gusto y regalo a los sentidos del hombre, en la latitud de Mérida se juntan los productos de la zona tórrida con los de la zona templada. Los albérchigos de los árabes, los limones andaluces y los cobrizos caimitos aborígenes.

Pero reparen geógrafos y naturalistas —y esto interesa mucho al Padre Oviedo— que "tiene otra particularidad Mérida y es la de juntar en un solo día las cuatro estaciones del ciclo solar. Según el reloj climático del buen cura se disfrutan en cada día merideño —para no envidiar otros climas— "cinco horas de primavera templada, seis de caluroso otoño" y medianoches y madrugadas frías. Y a los viajeros amantes de la Naturaleza les gustará ver salir el sol o morir el crepúsculo desde uno de los miradores más extraordinarios de la altiplanicie merideña; "el cerro de las Flores con su laguna hermosa, en cuya circunferencia hay flores y laureles que la hermosean mucho". Un Rey moro habría hecho allí el más espléndido "Generalife". Y según el cronista, la belleza del paisaje parece influir sobre la apacibilidad y cortés sosiego de las personas. "Las gentes del lugar son de genios agudos, despejados, amables y festivos y aun picados de briosos". "Hay muchas familias nobles descendientes de los conquistadores, donde han permanecido o continuándose más, a proporción del número, por lo saludable, ameno y deleitoso, y ser tierra de comercio que se comunica mucho con el Reino y con la provincia de Caracas".

Como el Padre Oviedo escribe para curas o aspi-

rantes a una parroquia donde se pueda vivir y morir en paz, el Curato de Mérida para aquellos días de 1750 era uno de los primeros y más apreciables en toda la extensión del Nuevo Reino. "Rentará a su párroco mil pesos en géneros, sin los novenos, y si éstos se les restituyen a los curas, rentará más de mil doscientos pesos". Advierte que a tres leguas de la ciudad hay otra feligresía muy apetecible, la de Ejido, que renta "otros mil pesos", posee "muchos trapiches de caña, produce frutos de la tierra caliente" y "su principal trato son los dulces, azúcares, conservas y panelas que conducen a Maracaibo". ¿Y observan, también, los viajeros que otras leguas más allá donde el Chama se torna más violento, crecido y crujidor, se levanta la "famosísima hacienda de Los Estanques", que es "muy cuantiosa, con capellán perpetuo", "muy linda capilla" y "servida de más de 150 esclavos"? La fundó doña María de Urbina, encomendera de dramática leyenda. Trajo a allí artífices, doradores y artesanos que decoraron la prodigiosa capilla del Rosario de Tunja para que tallaran y esculpieran las olorosas caobas. La adornó, asimismo, de Cristos y vírgenes andaluzas de la escuela de Alonso Cano. Era quizás la obra más hermosa de nuestro barroco colonial. La devastaron y destruyeron los ávidos coleccionistas caraqueños y algunos turistas norteamericanos. Se vendió por pedazos en las "chiveras" de Caracas. Columnas salomónicas, angelotes de hinchados carrillos, tabernáculos de plata y oro, sirven hoy de adventicio ornamento en alguna casa principal.

Quizás el Padre Basilio Vicente de Oviedo inicia en el siglo XVIII la lista de aquellos geógrafos y viajeros que se enamoraron del incomparable paisaje de la comarca merideña. Continúa la lista hasta hoy con nombres como los de Codazzi, Reclus, Sievers, Laverde Amaya, Madame Roncajolo, Alfredo Jahn, Samúel Darío Maldonado, Raymond Christie. ¿No valdría la pena que en lugar de tantos discursos retóricos en que los venezo-

lanos derrochamos palabras, oídos y tiempo, se reuniese para el venidero cuatricentenario de Mérida, una antología de dichos testimonios? Recogen imágenes insustituíbles en la Historia de nuestra Cultura. Dan materia de reflexión y encanto a historiadores, sociólogos, poetas, novelistas.

OTRA MÉRIDA

VARIAS veces he pasado con mi emoción de merideño de Venezuela por la otra Mérida americana: la de Yucatán que aun parece blanca y misteriosa capital de un imperio maya que se podría engarzar cualquier día. Ya la ruta aérea de La Habana a Mérida sobre el golfo (el "seno mexicano" como decían los mapas neoclásicos del siglo XVIII) proyecta después que sorteamos una pequeña tormenta de cirrus, uno de los paisajes más extraños del mundo: la blanca, casi pétrea pampa yucateca, tierra desgastada como en las leyendas cósmicas del "Popol Vuh" y del libro de "Chilam Balam de Chumayel" por las más milenarias erosiones de la Geología y de la Historia, y sobre la planicie hendida de grietas y de las fallas tectónicas que abren los "cenotes" o ríos subterráneos, las pirámides y templos de Chichén Itzá que pudiera llamarse la Roma indígena de América. Ver desde el avión ese inmenso conjunto de Geometría religiosa, ornada de los más viejos símbolos de nuestro Continente, equivale a un viaje de regreso a los siglos, a la época mítica en que se forjaban nuestras primeras cosmogonías y religiones. (Morley nos dice que por el siglo X de nuestra era, Chichén Itzá que debió pasar de los 300 mil habitantes era una de las urbes más populosas del mundo y que sólo en Europa Bizancio y la Córdoba de los Califas tendrían una magnitud equiparable.) Y siempre se inquiere a qué región del planeta y época de la Historia estamos llegando, porque ni el paisaje arqueológico ni el geográfico de la tierra yucateca sobre un suelo penitente y frente a un cielo de espejismos infinitos, se parece a ninguna comarca conocida. Por aquí pasaron los "katunes" legendarios de los mayas, cronología de la eternidad, formando una cultura y un estilo de vida que no pudieron vencer los conquistadores europeos ni la más reciente tecnología. Hemos de preguntar a

un Alfredo Barrera Vázquez, a un Médiz Bolio, grandes queredores e intérpretes de su tierra, hasta dónde sigue viviendo la poesía y el alucinante misterio maya en el Yucatán de estos días. Y alejándonos de las ruinas, vistas y gozadas por mí en dos anteriores expediciones, aterrizamos pocos minutos después en el aeropuerto de Mérida.

A fuero de viejo y cordialísimo amigo y casi tocayo en la toponimia geográfica (los habitantes de Mérida de Yucatán se llaman "meridanos" como los de Venezuela se denominan "merideños"), Clemente López Trujillo, Director del "Diario del Sureste", ha venido a buscarme. Y en su hospitalario automóvil recorremos otra vez esa tierra de inverosímil blancura donde hasta las piedras de las casas, los brocales de los "cenotes" o manantiales subterráneos, y los huipiles de los indios acentúan esa impresión de albura calcárea, casi irreal. Frente a la blanca horizontalidad de los campos, las plantas del henequén se yerguen como aquellos cuchillos vengadores que debieron acompañar a las gentes de Jacinto Canek, y más recientemente de Carrillo Puerto, en los tumultuosos dramas sociales de la península. Casi como si fuera un tributo colonial, dos indígenas de gentilísima cortesía nos ofrecen en un mesón del camino el picante "papazul" yucateco (alimento que tiene nombre de pájaro) y un vasito del macerado, fragante y peligrosísimo "Ashtaventún". Con su olor de viejas yerbas americanas —yerbas de antes de Colón— el gusto del "Ashtaventún" recuerda las páginas más metafóricas, de sentido más críptico del "Popol Vuh". Es como una inmersión en los zumos y secretos de las más lejanas estirpes.

Por grandes arcos de piedra —puertas de la ciudad— se entra a Mérida, la antigua y orgullosa capital de los Montejos, donde el terrible obispo Landa iba a extirpar a fuego y cadena inquisitorial las más fabulosas herejías. Era un mundo de tan sorprendentes creaciones estéticas y religiosas que

el propio obispo terminó por sentirse hechizado y sobrecogido por semejante cultura y escribió aquel monumento etnográfico y mitológico que se llama "Relación de las cosas de Yucatán". Visitamos las espléndidas iglesias de Mérida; sus bulliciosas plazas pobladas de gentes vestidas de "guayabana" (nombre autóctono de la guayabera cubana); vagamos por sus soportales de piedra, nos detenemos en la Casa de los Montejos, uno de los palacios privados más antiguos de América, erigido hacia 1547, y como antítesis del feroz obispo Landa contemplamos en la Catedral la tumba de Monseñor Crescencio Carrillo y Ancona, el prelado maya y humanista, en cuya obra se conciliaron, evangélicamente, las más antípodas culturas. También Rómulo Rozo, el escultor colombiano que se tornó maya y después de haber estudiado a Maillol y Bourdelle se puso de discípulo de los artífices de Uxmal y Chichén Itzá, nos muestra la enorme masa escultórica, aun inconclusa, donde se evocarán en centenares de estelas, figuras y relieves, todo el mundo mítico e histórico de México. Hace más de diez años trabaja en el monumento y acaso le faltan otros diez para concluirlo. Pero como los maestros de las Catedrales o los decoradores milenarios de Palenque o Uxmal, él no estará contento hasta que aquellas piedras sean como el códice donde cada mexicano, cada yucateco, lea sus fábulas y el registro de su destino histórico.

Estamos abrumados de Historia y Mitología (con sus casas blancas, sus terrazas, su aire seco donde la luna ya navega de modo alucinante, Mérida se debe parecer a una ciudad del Oriente: Bagdad, Damasco, Cachemira) y hay que terminar la noche en un restorán de los alrededores, frente al fresco cenote en que se reflejan las estrellas y el agua ha sido decantada por los siglos. Allí en ágape de entusiastas amigos: López Trujillo, Cervera Espejo, Burgos Brito, Repetto Milán, Rómulo Rozo, Concha Campos, Renán González, tengo que contarles en

qué difiere su Mérida marítima y milenaria de la mía, verde y andina. Una común nostalgia extremeña de los conquistadores —Montejo en Yucatán y Rodríguez Suárez en Venezuela— las bautizó de la misma manera. Si es antípoda el paisaje, la "extremeñidad" (permítaseme la difícil palabra) fijó algunos valores de semejanza. Extremeña, extremera, también, en su distancia de otros centros coloniales de América como México, La Habana y Guatemala, con una honda y fantástica tradición indígena, Mérida de Yucatán es una de las más originales ciudades mestizas. Hasta el idioma y la cortesía española se imantaron de la dulzura, el sosiego cósmico y la fantasía fabuladora de los mayas. Algunos libros como "La tierra del faisán y del venado" de Antonio Médiz Bolio, "Naufragio de indios", "Canek" y "La del alba sería" de Ermilo Abreu Gómez; viejos versos de Luis Rosado Vega y versos nuevos de mi amigo López Trujillo, remontan ese misterio anímico de la estirpe. Si los merideños de Venezuela no podemos gloriarnos de tan ilustre linaje mestizo cuya biblia es el "Popol Vuh" y los "Libros de Chilam Balam", también la "extremeñidad" de nuestra distancia geográfica mantuvo formas de cultura que nos retrotraen a la más olorosa solera de tradición. Ambas ciudades tuvieron Universidad antes que bancos y lonjas de comercio, y los humanistas y los poetas precedieron a sus hombres prácticos.

Aunque mi amigo Clemente López Trujillo está todavía en su más fresca y tónica cuarentena, evoco por superposición de imágenes, al viejo merideño don Tulio Febres Cordero cuando me muestra con orgullo regional su excelente archivo y biblioteca de cosas yucatecas. Para los estudiosos de la Literatura hispanoamericana hay que advertir que Mérida de Yucatán fué uno de los más animados centros del movimiento romántico en el continente. Tenía teatro y magníficas revistas literarias allá por 1840. Antonio García Gutiérrez, el famoso

dramaturgo español, vivió algunos años en la ciudad y estrenó allí algunos de sus dramas caballerescos. Los henequeros ricos que dejaron espléndidas casas decimonónicas en la ciudad y haciendas que parecen castillos, traían compañías de Madrid y poetas peninsulares a representar y recitar en el teatro meridano. Don José Peón y Contreras que aun da su nombre a cafés, teatros, escuelas y plazas de la ciudad yucateca, fué como un Zorrilla de la región que iba a poner en verso español todas las leyendas de tierra tan fabuladora. Y con mayor entusiasmo por las letras salimos de la poblada y deleitosa biblioteca de Clemente López Trujillo. Hablando de la "estera de los días", de "la máscara que llora", de "la piedra labrada de los brujos del agua", del "estandarte de turquesa" y de "Ah Kupán, el que tenía el libro de los siete linajes", metáforas y mitos del mundo de los mayas, me despedí de Clemente y de los amigos meridanos y tomé el avión para México.

CIUDADES DE CUMPLEAÑOS

EN esa enjuta madre de América hecha de cercas de piedra, corderos merinos, olivos despeinados, castillos y barbacanas que es la tierra extremeña, me hablaron de esos cumpleaños venezolanos. En los pocos kilómetros de terral penitente y de algunos oasis que separan a Cáceres de Mérida, de Trujillo, de Medellín, nacieron todos los conquistadores de América. Pizarros, Corteses, García de Paredes, Rodríguez Suárez. En el extremo del mundo cristiano y asomándose ya desde sus collados y torres a ver las vegas y huertas andaluzas —que mantenían los reyes moros—, estos extremeños parecían entrenarse en las guerras fronterizas, en la dureza viril del clima y del estilo de vida, para las futuras empresas de América. Extremadura tan seca y maternal, parecía prefigurar y presagiar los más agrios paisajes americanos: el de las estepas de Carora en Venezuela, el de la sierra de Córdoba en Argentina, el llamado Norte chico en Chile, el de la Sierra Madre a las alturas de Monterrey, en México. Y con la suma varonía de los hombres, la fuerte industriosidad de las mujeres que así como en el siglo XVI salvaban de la larga navegación como Inés de Suárez, las semillitas de trigo y cocían para los soldados el primer pan de la conquista, en este siglo XX ahechan también el cereal, y riegan el asfalto para que se conserve bien el pavimento en las carreteras de España. ¡Qué buena hogaza, quemada y hogareña con queso de pastores, comimos en Navalmoral de la Mata entrando ya a Extremadura!

Pero el recuerdo de las ciudades venezolanas venía a cruzarme en mi expedición extremeña. Don Rafael Paredes Urdaneta como indiano que retorna después de tres siglos, cargado de nuevas ejecutorias heráldicas, había llegado a Cáceres al muy almenado palacio del Conde de Canilleros (98 habi-

taciones, torre del siglo XV, patios del siglo XVI, biblioteca de libros encuadernados en vitela de Extremadura), dando el entusiasta pregón: "Este año y el próximo se conmemoran en Venezuela los cuartos centenarios de Trujillo y de Mérida", y el alborozado don Rafael quisiera que nobleza, clero y estado llano de aquellas provincias españolas, participaran en la efemérides. Al Conde podían interesarle los informes porque nadie menos que su ilustre pariente bastardo Diego García de Paredes, hijo del forzudo Capitán de las guerras de Italia, había fundado el Trujillo de Venezuela.

Hablamos de esos grandes aventureros y fundadores de países en unas horas de conversación con el Conde —archivo viviente de las más viejas historias— a través de las calles medievales de Cáceres que parecían inventadas por un aguafuertista loco que colocara la luna para que brillara como otra alfange (de las que el Conde puede guardar en su sala de armas), sobre las torres cuadradas, las almenas y matacanes de tan alucinante ciudad. ¡Oh, la torre de los "Golfines", únicos señores que se atrevieron a desafiar a los Reyes católicos, y la gracia mudéjar de la Torre de las Platas y el enorme sol que parecía traído del Perú por la levantisca familia de los Pizarros, de la "Casa del Sol" o Casa de los Solís!

Luego, 45 kilómetros más allá, fuimos a Trujillo (la antiquísima Turgalium romana) en cuya Plaza Mayor nos salió a recibir don Francisco Pizarro en persona, con la lanza a la jineta, sobre el encaracolado caballo de bronce (estatua muy semejante a la de Lima) como si viniera de perseguir y arrebatar indios por todas las punas de los Andes. "¿Dónde está el oro; el oro de Cajamarca?", parecía estar preguntando broncamente don Francisco, el audaz porquerizo que se tragó el Perú. Recordé aquella página admirable en que el Inca Garcilaso lo describe esgrimiendo con suma agilidad su espada, sa-

cando los más gentiles lances e inesperadas volteretas, hombre solo y setentón, contra la rabiosa tribu de asaltantes que acuden a matarlo. "¡Denme confesión!", dice el anciano caudillo, cuando se derriba cosido de puñaladas. Es una página que tiene el ritmo, gallardía y perfecto "suspenso" cinematográfico de aquellas películas inolvidables de Douglas Fairbanks, el viejo, con que se encantaron nuestros 15 años. Mezclando la Historia de América con la Historia de España, visitamos también Mérida (Emérita Augusta) con su gran Arco de Trajano, su colosal Anfiteatro, su templo de Diana y sus columnas milenarias. Y además de ser madre de las otras dos Méridas indianas —la de Yucatán y la de nuestro Andes, la que fundó Francisco de Montejo y la que fundó Juan Rodríguez Suárez— para mí tenía el encanto de un río que también se llamaba Albarregas como el de mi ciudad natal. Y como en mi adolescencia andina cuando veía salir las muchachas merideñas de la misa dominguera, me fuí en el claro domingo extremeño por la rambla de Santa Eulalia, mirando éstas que en los ojos almendrados —tan españoles, tan moriscos—, en el pie pequeño y la cintura delgada, parecen primas de las nuestras.

Yo no sé si el entusiasta don Rafael Paredes quien ha ido a propagar a España nuestros domésticos centenarios andinos (¡qué poca cosa significan cuatro siglos para un habitante de las milenarias Turgulium, Castra Cecilia, Emérita Augusta, descendientes de iberos, púnicos, romanos, visigodos, árabes!) encontrará bastantes extremeños que vengan a visitarnos en las próximas fiestas conmemorativas. Quizás seamos para ellos, especie de nietos demasiado eufóricos y demasiado jóvenes. Acaso comparen con desmedro el fresco adobe y los tapiales de nuestros pueblos andinos con la piedra sillar labrada por los siglos y los estilos, los puentes romanos y torres moriscas de las ciudades extremeñas. Si guardamos proporción y no nos conta-

minamos de hipertrofia histórica, el joven cuatricentenario de nuestras poblaciones andinas no es sólo recuento de lo realizado, sino más bien propósito de que dichas ciudades sean en el porvenir verdaderamente grandes por la cultura y las obras que difundieron sus hijos. Contribuyan por la creación científica y artística, con alto nivel de dignidad humana, a la civilización universal. Entre tantas cosas que pudimos heredar de esas gentes recias que salían de su pobre páramo y de sus barbacanas medievales, se confiaban al furor del Atlántico en un barquichuelo, y a la "guázabara" de los indios en los más húmedos o espinosos arcabucos americanos, cuentan también aquellas virtudes cotidianas que se llevan como el sencillo traje de cada día y de que se habla poco en las epopeyas y discursos retóricos. Admiraba en esta tierra enjuta —pura cal, pura piedra, puros huesos—, "Extremadura", el varonil sosiego, la sobriedad y ponderación, no exenta de elegancia caballeresca, con que el más desvalido labriego le pone serena cara a la vida. Recordé aquellas cartas del conquistador Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, maravilloso modelo de prudente varonía hispánica. Ya nos acercamos al estoicismo senequista que desde el filósofo cordobés hasta Unamuno, pasando por los místicos y ascéticos del siglo XVI y por Quevedo, fué nota constante del alma española. Fué supremo señorío de la persona y a veces menosprecio del mundo.

¿Y no hemos olvidado un poco en la riqueza fácil, el botín de las oportunidades, en el diario programa de especulación y deleites, algo de esa austeridad de que estaba hecha la madera de los santos y de los fundadores?

ALMANAQUES

ALGUNOS amigos vienen a pedirme colaboración para un Almanaque del año 1952, que será como un mensaje de simpatía y entendimiento que hombres y técnicos de la ciudad, escribiendo en modernísimos escritorios de metal y absorbidos en sus diagramas estadísticos, habrán de enviar a sus olvidados hermanos del campo venezolano. Agricultores y ganaderos que trabajan la tierra o apacientan sus rebaños en los más lejanos rincones del país, adonde sólo de tiempo en tiempo llega una avioneta o brota, todo enfangado, un automóvil. Mientras que estos terribles y casi deshumanizados seres que somos los vecinos de la ciudad, casi no necesitamos del almanaque, o nos basta, para nuestros asuntos, ver en el periódico del día la fecha que marca el año, el labriego o el ganadero viven presos en el círculo cósmico que forjan las fases de la luna o el retorno de las estaciones. Como un augur, el campesino descifra el tiempo en las nubes; ve marchar las garzas cuando se acerca el invierno tropical o comenta —como en la Mérida de mi infancia— que ya está lloviendo en los llanos, porque sobre los tejados de la ciudad volaron una noche los primeros patos güiriríes. Cuando yo era niño, en un mundo más asido a la Naturaleza que éste en que ahora vivimos, los merideños pedíamos a nuestra Sierra Nevada, a las cordilleras enormes que parecían separarnos del resto de Venezuela, el secreto de nuestras vidas. La Sierra, ora diáfana, ora encapotada, como esos jefes civiles de la época de Gómez que escondían sus revólveres bajo la ruana, nos enseñaba que era el tiempo de sembrar, de recoger la primera travesía del café, o bien que después del borrascoso y mortuorio noviembre, tiempo de lágrimas, de lluvias y de responsos, entraba y se asentaba sobre cielos de perfecto cobalto, la transparente claridad y dulzura de los días navideños. En las bodegas de las "Cuatro

Tiendas" los rapsodas y músicos de mi ciudad campesina templaban sus requintos y bandolinas para las serenatas de aguinaldos; los estudiantes conversadores y enamorados que cada tarde tenían tertulia en el enladrillado altozano de la iglesia de San Francisco, improvisaban las anónimas y versificadas "ensaladillas" que se dedicarían a las muchachas, y al mercado de la ciudad —que en mi recuerdo aparece enorme como el Foro romano— entraban con su indio conductor los bueyes "cargueros", que traían el oloroso laurel, el díctamo, el incinillo, los frailejones y prodigiosos musgos de los páramos con que habría de esmaltarse y perfumarse, en cada casa, el pesebre del Niño Dios.

Pero como el Almanaque es necesario en toda familia que vive del trabajo, había uno muy merideño y lleno de consejos agrícolas, que durante más de cincuenta años elaboraron en su vieja imprenta de mano, los sucesores de Juan de Dios Picón Grillet. Tengo por ese viejo pariente mío, a quien no conocí sino por su leyenda, una admiración casi romántica. No fué, precisamente, de los parientes prósperos de la familia, porque tuvo una extraordinaria fantasía de poeta unida a una singular inventiva manual que aplicó a las cosas más heteróclitas que podía emprender un merideño del siglo XIX. Además de su Almanaque, con sus curiosos grabados en madera, dibujados y fundidos por él (en una época anterior al fotograbado), dibujos que me enseñaron a admirar y casi a temer los signos del Zodíaco, compuso una ópera con el viejo maestro José María Osorio, que ensayaban las señoritas de Mérida allá por el año 1860; inventó un arte *sui generis* que él llamó la "foliografía" para reproducir con sus colores las plantas de la flora andina, y levantó los graciosos campanarios y portadas de algunas iglesias, como la merideñísima del Carmen, con su encan-

tadora placita. Especie de pequeño Gutenberg, mezclado de León Batista Alberti, nacido a los pies de la Sierra Nevada. "Juan de Dios no tiene fundamento y le arrastra la fantasía", decían de él otros parientes que poseían potreros, cafetales y vacas lecheras, o expendían mercancías secas en las tiendas de la Plaza Bolívar. Pero para organizar coros de música, inventar grabados y muñecos para las "laudatorias", ensaladillas o programas pascuales; traducir o interpretar los estilos arquitectónicos o la buena argamasa de las tierras de Milla o del Vallecito y echar a volar globos fantásticos de luces cuando su propio almanaque señalaba un día beatífico, no había en la ciudad vecino y artífice mejor. Soñador, creador de cultura, cuando otros iban en caballos briosos arrasando a Venezuela.

Y porque aprendí a amar los almanaques, en el que todavía, en mi infancia, se llamaba en Mérida "del cojito Picón"; el que entraba cada primero de enero con su olor a tinta fresca y sus estupendos signos del Zodíaco, que parecían arrancados de una aguafuerte de hace tres siglos y leía allí los consejos a los campesinos y me impresionaban algunas palabras, como el "Adviento", las "Cuatro Témporas", el "Domingo de Cuasimodo", simpatizo con la idea que desde Caracas se escriba un almanaque para el campo de Venezuela. ¡Cuánta falta hace, en tantas soledades del país, ese librito, que ayuda a rescatar para los venezolanos la aporreada y fiel tierra labriega; la que contra el aluvión cosmopolita y la tentación financiera de las ciudades, sigue produciendo caraotas, yuca, maíz; la de aquellas buenas gentes que perseveraron junto al pegujal, junto a la vieja casa de adobes de sus mayores, mientras otros venían al Centro a tomar whisky, a buscar dinero y poder más fácil, entre intrigas cortesanas y grandes bocanadas de cigarrillos "Chesterfield"! Y sólo el intercambio benévolo de campo y urbe; sólo esta piedad con que el higienista, el maestro de escuela, el agrónomo, el inge-

niero, el mecánico, el escritor, se acerquen a los problemas de nuestra tierra abandonada y profunda, la tierra de Doña Bárbara, de la Silva Criolla, de las "Cantas" y de los Galerones, salvará a Venezuela, no para los inversionistas internacionales, sino para los que llevamos en la sangre la pasión y el deber del país.

ESTRELLAS Y MARIPOSAS

DESENGAÑADO acaso de aquellas damas de faldas revoloteantes y medieval y alto corsé, que bailaron tan gentiles contradanzas en los saraos que organizó el doctor Carlos Rangel Garbiras, en 1888, con motivo del centenario de su heroico abuelo, el joven Emilio Maldonado también descendiente de próceres y emparentado con los Rangel de Cuéllar, se sumió en el estudio y en sus colecciones de mariposas. Una pequeñísima heredad familiar, pañizuelo de cafetos y frutos menores; otra casita en la ciudad de Mérida, más unas clases de dibujo topográfico, matemáticas y astronomía en la Universidad y eventuales mensuras de tierras para resolver las querellas de litigantes que disputan linderos o "tomas" de agua, proveían a la congrua sustentación de él y de su no menos inteligente hermana, Juana Paula. Eremitas en medio de la ciudad, ya sólo tenían ojos para las estrellas y para esas como enormes flores volátiles, orquídeas con alas, que en los días más secos y transparentes del verano tienen sus cónclaves luminosos y emprenden vuelos nupciales en los campos de Liria, El Vallecito, La Otrabanda. Es casi lugar común decir que entonces los picachos nevados de la sierra destacan sus quilates diamantinos sobre un límpido cobalto celestial. Estrellas y mariposas, y explicar a los estudiantes las leyes que rigen el movimiento de los astros, y las hipótesis que desde Kepler, Copérnico, Kant y Laplace se formularon sobre el Cosmos y la formación de la Tierra, sería, desde entonces, la más determinante razón de su serena y larga vida.

Para ser buen astrónomo invirtió el producto de una próspera cosecha de café, allá cuando finalizaba el siglo pasado y en sociedad con su hermana, en uno de los mejores telescopios que fabricaban los ópticos alemanes. Así tendrían

ameno e instructivo recreo en las más solitarias noches. Y en luna despejada, cuando mozos y estudiantes alegres recorren las calles en trance de serenata, ambos, desde la higuera del patio, por encima de los arriscados aleros, disparaban el largo tubo visual como una atarraya de constelaciones. Una fórmula matemática, y memorias sobre lo que acontecía en Venus y en el cinturón de satélites de Saturno, eran el resultado de toda una noche de observación y desvelo. Y cuando Juana Paula —que se volvió tan sabia como él— comparecía en las ceremonias de la Catedral a arrodillarse en el reclinatorio y alfombra que por antiguo privilegio colonial correspondía a su familia, más de un estudiante travieso la hubiera apodado "la musa astrónoma". Ella y su ensimismado hermano eran los más fieles testigos del Otromundo que tenían la ciudad de Mérida; y de todas aquellas peregrinaciones estelares se les hubiera pedido noticia como hacían los florentinos con Dante Alighieri.

De la tierra les interesaba, también, esas aspirantes a estrellas y candidatas y novicias del mundo sideral, que son las mariposas. Casualmente el año 88, para recoger toda la multiplicidad de formas y familias en que se manifiesta aquel paraíso de gracia papillonesca que son los campos de Mérida, don Emilio proyectó una revista que se iba a ilustrar con grabados en colores hechos por él, y que se titularía románticamente: "Las Mariposas de la Sierra Nevada". Veinticinco años más tarde, en mis días infantiles, aún esperaban los merideños la aparición de semejante obra, en que habría de exaltarse esa como flora de los aires, las flámulas y banderitas de colorcada ilusión que están al alcance de cualquier ojo o mano curiosa en nuestra campiña serrana. (Desposeídos de otras riquezas, nosotros teníamos un como orgullo patriótico, del inigualado primor de nuestros colibríes y mariposas. Pero en tan equitativo reparto

de tan enjoyados bienes de Dios, don Emilio había dejado los colibríes a la no menor ansia coleccionista de don Salomón Briceño.) La revista, por otra parte, de que apenas alcanzó a imprimir cuatro paginillas en un taller casero, resultaba empresa titánica, porque él —como nuevo Gutenberg y a puro invento de su magín— estudiaba extrañas combinaciones de tintas, y ahuecaba maderas para lograr aquel imposible grabado polícromo en que se reproducirían con tanto esmalte como en la realidad, las mentadas mariposas.

Años más tarde, siendo yo estudiante suyo, me explicó don Emilio otras complicaciones de la empresa. Los profanos dicen "mariposas" y el término es tan vago y genérico como si dijéramos "hombres" o "familia". Porque ese inmenso y fantástico mundo mariposeril está más dividido en clases, grupos y recelos sociales que nuestra ciudad de Mérida. Gozaba don Emilio pronunciando los nombres de las mariposas como un cronista social al describir las bellezas que asistieron a un baile. Hay las suntuosas "ninfálidas", cuyas grandes alas delanteras contrastan con la grácil pequeñez de sus extremidades. Y entre ellas la "heliconia" tiene la refulgencia, los violentos amarillos, la cinta roja o anaranjada de un turpial papillonesco. Si las "ninfálidas" parecen pájaros, las "licaénidas" son joyas; topacios o zafiros esparcidos en una piñata aérea. Las "piéridas" son un poco el proletariado de este mundo volante; son como simples hojas arrastradas por la ventolina y carecen de dinero para adquirir un bonito traje estampado. En las "noctíduas" hay ya un misterioso y siniestro parentesco con los murciélagos. Es un poco la mariposa tentada por el demonio, que comenzó a tornarse vampiro.

—A Juana Paula no le gustan las "noctíduas" —terminó diciéndome don Emilio.

A muchas leguas de Mérida, y a muchos años de mi infancia que —como la de todos los niños— estuvo festoneada de calcomanías y mariposas, pensé en el viejo maestro andino y en su pasión de coleccionista. Había subido frente a los fantásticos volcanes gemelos que custodian la altiplanicie mexicana, al extraordinario observatorio que cerca de la ciudad de Cholula mantiene el Gobierno de México. Allí mismo, y casi con tanta sabiduría como la de los astrónomos que dirigen el instituto de Tonancintla, los sacerdotes aztecas observaban el paso de Venus y miraron a Quetzalcoatl, convertido ya en lucero de la mañana. Preside el Observatorio el astrónomo Erro, uno de los hombres de más disparada imaginación matemática y más vivaz y originalísima inteligencia que me haya sido dado conocer. Erro maneja unos ecuatoriales gigantescos, ante los cuales parecería una flébil caña el telescopio merideño de don Emilio Maldonado. ¡Cuánto han andado los astros y se han perfeccionado los instrumentos ópticos, desde los días de mi infancia! Y tantas estrellas pasan por esos lentes multiplicadores; tantos luceros y constelaciones nuevas para nuestros ojos acuden a las citas astronómicas a que convoca Erro, que el astrónomo ya no sabe cómo nombrarlas. Ha agotado la Mitología y las palabras latinas. Ofrece a sus amigos el padrinazgo y el nombre de una estrella como quien nos invita a colonizar en una lejana urbanización. Ya todas las muchachas bonitas que uno conocía en México, Berenices de la nueva Astronomía, dieron sus nombres a verdaderos ramilletes de astros inéditos. Y cuando allí, entre océanos de nebulosas, separadas entre sí por inmensas cavidades y golfos de sombra, parpadearon dos estrellitas, me acordé de don Emilio y Juana Paula. Estarían acurrucados, como en las noches de Mérida, tratando de captar el cabrilleante Cosmos, sumidos en el deleite de todas las cosas vivas, lumínicas y nómadas que pueden encantar nuestros ojos mortales. Y el cielo todo, era como

un campo de Mérida o valle de Tonancintla —que es también límpidamente azul— tachonado de mariposas. Empecé a nombrar las palabras casi mágicas:: "ninfálidas", "licaédicas", "piéridas", "uránidas". ¿No parecían, igualmente, nombres de constelaciones?

DON TULIO, RAPSODA DE MÉRIDA

DON Tulio Febres Cordero nació en Mérida el 31 de mayo de 1860 y falleció en la misma ciudad el 3 de junio de 1938. Fueron sus padres el ilustre jurisconsulto y profesor de la Universidad de los Andes, Dr. Foción Febres Cordero y doña Georgina Troconis, descendientes ambos de viejos y famosos linajes de la Venezuela colonial y de los años heroicos de la República, como los Díaz de Viana, Gogorza, Añez, Umpiérrez, Andrade y Urdaneta. Por línea materna la familia de don Tulio asciende venezolana y denodadamente hasta aquel togado español don Francisco Troconis, su sexto abuelo, uno de los defensores de Maracaibo durante las varias invasiones de piratas que asolaron la región lacustre en la segunda mitad del siglo XVII. Y si la vida de don Tulio permanecerá siempre fiel y sedentaria en su fresco y majestuoso paisaje merideño, los Febres Cordero habían peregrinado por los más diversos lugares de la patria, y partiendo de Venezuela, llevaron su abolengo a otras tierras americanas —como la República del Ecuador— antes de levantar casa duradera al pie de las Sierras Nevadas. Los primeros que vinieron al país, poblaron en tierras de Coro, jurisdicción de Casigua, donde en el siglo XVIII poseían propiedades raíces, fundando asimismo la parroquia del Curaridal y proveyendo al congruo sustento de sus párrocos. El alférez real, don Antonio, casado con doña María Bernarda Pérez Padrón engendró entre otros hijos, a don Bartolomé y a don Joaquín, troncos de ilustre progenie histórica. Hijos de don Bartolomé serán el general León de Febres Cordero, héroe de las campañas del Sur y jefe de los Ejércitos conservadores en la batalla de Coplé, durante la guerra federal, y don Antonio Febres Cordero y Oberto, letrado y jurista, miembro de varios Congresos de la Gran Colombia. De la rama de don Joaquín procede tan anda-

riego personaje como el doctor Esteban Febres y Cordero, cuatriborlado en Teología, Filosofía y ambos Derechos, quien a la zaga de su pundonoroso primo el general León, se traslada al Ecuador en 1829 y se convierte en hombre de confianza y consejero del general Juan José Flores. Actúa como su secretario y más notorio ministro cuando el Ecuador se separa de la Unión colombiana. Se le ve después en Panamá como profesor de Derecho Civil y autor de una obra titulada "Ciencia administrativa o principios de administración pública", editada en aquella ciudad en 1838. Es allí amigo de otro venezolano heroico y nómada quien después de las jornadas del Perú, se fijó en el Istmo, animando los primeros movimientos autonomistas contra el distante Gobierno neogranadino: el general Francisco Picón y González. ¡Así eran de caminadoras e inquietas aquellas generaciones venezolanas! Llevaban almofrez y botas para viaje de muchas leguas; y capeando revoluciones granadinas, ecuatorianas o panameñas, recorrerá don Esteban otras tierras de América; se casa en Cuba con una parienta y torna a Venezuela cuando la dictadura de Monagas se torna hostil a los paecistas, lo que le obliga a regresar y quedarse en el Ecuador. Uno de sus descendientes, el hermano Miguel Febres Cordero, dejó allá renombre de varón celestial, y se ha elevado a la vaticana Congregación de Ritos su milagroso expediente de canonización. Así, muy castellanamente, debía confundirse en el linaje de los Febres Cordero la mística, la guerra y la vocación literaria.

No menos andariega fué hasta la primera mitad del siglo XIX la rama de la familia que permaneció en Venezuela y sufrió todo el rigor de la guerra larga. El domicilio coriano que ya para fines del siglo XVIII se había trasladado a los Puertos de Altagracia exige nuevas diásporas. En vísperas de la independencia y mientras los hijos varones como don Esteban estudian en el merideño Colegio de San Buenaventura, los

Febres Cordero se establecieron en la rica provincia de Barinas donde negociaban en reses y tabaco. El padre de don Tulio, el doctor Foción Febres Cordero y Díaz de Viana, nació en la villa de Obispos el 8 de diciembre de 1831, pero toda la familia se mueve después a Mérida cuando allí funda casa con su bella mujer Isabel Morlás, el futuro vencedor de Coplé. Es como árbol majestuoso que ampara con su gloria y renombre a toda la familia.

Y un poco el gusto añorante de plática de próceres y abuelos que tiene la obra literaria de don Tulio, procede de haber conocido en su infancia a aquellos últimos veteranos de los días heroicos, viejos letrados y guerreros que paseaban sus reumas y sus anécdotas por las soledosas calles de Mérida. La sosegada ciudad andina, centro eclesiástico y universitario, de sana agricultura, era sitio propicio para ir a comer en paz la magra pensión de los grandes servidores de la patria. Cada vieja casa merideña —la de los Paredes, la del general León de Febres Cordero, la de los Campoelías, la de don Manuel Nucete, la del maestro Juan de Dios Picón, la de su hermano don Gabriel, héroe baldado de "Los Horcones", la de don Juan José Maldonado— era entonces como museo viviente donde la gesta de la patria se confundía con una larga crónica de familia. Frecuentemente llegaba a la ciudad con sus cicatrices de cien combates, su longevidad de roble y sus historias, contadas en el más descosido lenguaje vernáculo, el viejo centauro trujillano, General Cruz Carrillo. Otro duro titán de Mérida, el General Justo Briceño andaba por el Centro haciendo de las suyas, y la oligarquía serrana nunca le perdonó sus compromisos con Monagas. Del Perú, de Ocaña, de Santander, del Congreso Admirable, hablaban aquellos viejos en su final y casero refugio de gorra y chinelas bordadas. Junto a las briseras del salón se desteñían las cintas de las condecoraciones. Guardaban

cartas de Bolívar, de Páez, de Gual, de Miguel Peña. El erudito Maestro Juan de Dios Picón seguía discutiendo en su correspondencia frecuente con don Valentín Espinal, la oportunidad de abolir en las Constituciones venezolanas todo fuero eclesiástico o militar, y defendía, al mismo tiempo, su viejo proyecto de dividir el país en ocho grandes provincias, de acuerdo con las realidades geográficas y económicas. La propia inconformidad de los "godos" merideños con el violento orden de cosas que imperó en la República después de 1848, era propicia para que se sumieran en la saudade y el recuerdo. Venezuela, para muchos de ellos, había muerto el trágico 24 de enero. El pretérito se idealizaba como una época clásica, poblada de varones de estilo plutarquiano, de grave señorío, frente a la turbulencia y el desenfreno contemporáneo. Desde Mérida se avistaba, además, como de un nido de águilas, aquel combate de facciones que encendía la Federación en las provincias distantes, y jóvenes de la oligarquía fueron a detener a los federales en la emboscada de Mocomboco. Las familias merideñas abrían además sus puertas, cedían casas y ofrecían hospitalidad a aquella inmigración de linajes barineses —Jiménez, Pulidos, Gonzalos— que escaparon de las llanuras calcinadas y salvando sólo lo puesto, después del gran combate de Santa Inés.

Ya hay, así, todo un material legendario e histórico y un como *leitmotiv* subconsciente que inspirará la obra de don Tulio Febres Cordero, sin llegar por su gracia y ecuanimidad, a la intransigencia del viejo partido deshecho. Lo sienta en sus piernas, en los años de niñez, y le cuenta historias, el venerable tío-abuelo don León. Su tío paterno, don Fabio, que alcanzará una extremada longevidad le familiariza al mismo tiempo con la historia civil de la República y le hace leer los viejos periódicos —coleccionados escrupulosamente por él— donde los letrados paecistas y los hombres de la Gran Conven-

ción discutieron las formas y atributos del Estado. Comparte su adolescencia entre el taller de imprenta del doctor Eusebio Baptista donde ya a los quince años gana su pan como tipógrafo, los estudios en el Colegio y la Universidad, y toda una mina de papeles viejos, inclasificables y llenos de datos extraordinarios que invitan con su letra pastrana y sus rúbricas engoladas, en el Archivo del Estado y en el de la Curia Eclesiástica. La vida de Mérida está borbotando allí con sus querellas coloniales de Cerradas y Gavirias, sus pleitos de aguas y tierras, sus murmuraciones de convento, su ingenua quisquillosidad jerárquica. Y así comienza a formarse el niño prodigio de las veladas literarias del setenta y tantos; el mejor y más enamorado testigo de la ciudad.

Un periodiquito minúsculo, deliciosamente impreso (porque don Tulio ha de ser, entre otras cosas, un excelente impresor) encanta las reuniones merideñas entre el 85 y el 94. Se llama "El Lápiz" y pocas veces se dijo en menos hojas de papel, materia de más rica, variada y pintoresca sustancia. Allí don Tulio persigue la curiosidad histórica y sabe servirla con gracia impregnada de sencillez. Su prosa —en aquellos días de tanto encrespamiento retórico— corre clara, fresca y apacible como el agua serrana que baña los campos de Liria sobre lecho de berros y pastos nuevos. Mérida y toda la región merideña será el concentrado motivo de su obra en que la minucia informativa no apaga el sentimiento poético. Si el trágico terremoto de 1812 destruyó torres, claustros y portalones de la vieja ciudad andina, entre los arcos ya tapiados y ciegos, en los solares que antes fueron iglesias y conventos, busca el joven investigador la impronta romántica del pasado. Y en despaciosa mula y con libreta de apuntes, recorre también en busca de noticias sobre lenguas y cultura indígenas, los jibados caminos de serranía que conducen a poblachones viejos, ausentes del camino real,

pero donde hay todavía "huacas" y "adoratorios", y descendientes de caciques conservan palabras, leyendas y ritos de tribus desaparecidas. Trae de una excursión a los vetustos campos de Aricagua la letra de un canto guerrero de los aborígenes, que ha de incorporar a una de las más bellas fábulas de sus "Mitos de los Andes". Era ya —al cumplir los treinta años— el rapsoda y depositario de todos los secretos y consejas de la ciudad; el insustituíble resucitador de muertos.

Mérida y él habían sellado un como pacto de fidelidad poética. Mientras intelectuales más ambiciosos o andariegos de su generación —como Gonzalo Picón-Febres— iban a Caracas, eran Cónsules, Ministros o Plenipotenciarios, él prefirió permanecer desde 1887 en aquella casa frente a lo que se llamó después Boulevard de los Pinos, donde instaló su imprenta, su pequeño museo de curiosidades y donde fueron naciendo sus hijos. De la casa a la Universidad donde dictaba amenísima cátedra de Historia, y de ésta al taller de imprenta para armar e imprimir con deleitoso esmero los propios libros: los "Cuentos", la "Cocina criolla", los "Mitos de los Andes", la "Hija del cacique", "Tradiciones y Leyendas", "Don Quijote en América", las monumentales "Décadas" de la historia merideña. Y entre obra y obra de minuciosidad, gracia e investigación, los pequeños menesteres intelectuales de un hidalgo de gran familia y mejor cortesía que preside los exámenes de un Colegio de señoritas, organiza los productos y manufacturas de una exposición regional, escribe una laudatoria que habrá de repartirse entre músicas y cohetes en las fiestas de los santos patrones de Mérida, o pronuncia un discurso de orden para la inauguración de tantos bustos de próceres como los que se reparten en las placitas de la ciudad. Y el Concejo Municipal que le encarga la historia de los "ejidos" donde las gentes pobres pastan sus vacas en el llano, al sur de la ciudad, y el Gobierno del Estado que le recla-

ma estudie los títulos de Mérida a poseer un puerto en el Lago de Maracaibo, y otra familia de campanillas, que le ruega completarles el árbol genealógico, rescatando algún abuelo o línea de sucesión perdida en las complicadas testamentarías de la Colonia. Se suceden —sin que se altere su sosiego— años, gobiernos y revoluciones. Ve nacer la luz eléctrica desde que en 1894 don Caracciolo Parra trae a lomo de mula, desmenuzada en piezas, la potente maquinaria; el fonógrafo y las primeras funciones de cine "Lumière" cuando el siglo estaba naciendo; el automóvil que entra en la ciudad piloteado por un francés de apellido Duhamel —héroe de aquellos días—, en 1915. Dos o tres lustros después, ya cruzaban las cresterías nevadas, espantando a las águilas blancas de su famosa leyenda, los primeros aviones que tramontaban la cordillera. Envejecía con su delgada figura de hidalgo, su bastón y su paso menudito, su sonrisa y humor bonancible, este que fué el más dulce y entretenido abuelo de la región merideña. ¡Y qué buenas y sabrosas tertulias de caballeros letrados, cuando aún vivía su memoriado y longevo tío don Fabio; el brillantísimo Doctor Federico Salas Roo, el naturalista Pedro Enrique Jorge Bourgoin; los canónigos González, Carrero, Chaparro, Gil Chipía; el astrónomo y coleccionista don Emilio Maldonado, los un poco volterianos don Constantino Valeri y el señor Liparelli! Así como Koenisberg sabía la hora exacta cuando atravesaba las calles el enfurruñado profesor Kant, las dueñas de casa —que avistan desde las celosías— ordenan el fuego del sancocho cuando don Tulio sale de la Universidad. Pero las aceras de ladrillo rojísimo, cocido en los tejares de la Otrabanda, que recorre hasta su casa, parecen hablarle como aquellas losas babilónicas en que reyes y sacerdotes milenarios escribieron sus preces y mitologías. Y aquellas seis o siete cuadras de matinal caminata se interrumpen de grandes saludos en las esquinas; de asedio de

gentes que inquieren por tesoros ocultos; que vienen a mostrarle una onza de la época de Felipe V, rescatada de un arcón familiar, o le llevan como supremo trofeo histórico, los documentos de una antigua capellanía del siglo XVIII.

¿No vivía él, también, como añorante caballero de la época de las onzas y de las capellanías? Otras gentes audaces, con la llamada "Revolución Restauradora", que movió a labriegos, guerreros y doctores desde sus peñas andinas, vinieron a triunfar en el Centro, a inaugurar los comienzos de una Venezuela más despreocupada y derrochadora, la que descubriría con la "paz" de la dictadura, las concesiones de petróleo, las prebendas oficiales y los grandes negocios. Pero don Tulio rehuyó toda tentación de poder o de fácil granjería pública. Una sola vez vino a Caracas en 1912. Se cuenta que rechazó entonces el Ministerio de Instrucción que le ofrecieron en nombre de Gómez. Y después de visitar el Panteón y a sus colegas de la Academia de la Historia, cerró las maletas en el hotel, prometiendo no aventurarse más en expediciones tan largas. Estaba ya añorando la gran silla de suela —que fué del milagroso obispo Arias— donde le placía conversar con los amigos, y aquel pacífico sol de los venados, en que mueren tan dulcemente, las tardes merideñas. Hubo años de magro salario y escasez, pero una mujer admirable —doña Teresa Carnevali de Febres Cordero— le ayudaba con la prolija industria de sus manos a apuntalar la casa. Recuerdo cuando iba de niño al hogar de don Tulio en busca de aquellos indescriptibles bizcochitos fabricados por doña Teresa y de algún ejemplar de "Don Quijote en América" —primera de mis lecturas criollistas— adquirido en tres reales. Con austeridad y sencillez digna de los tiempos más clásicos, la casa de don Tulio olía simultáneamente a tinta fresca, a pan recién salido del horno y a aquellos claveles y violetas —tan merideños— plantados en el patio. Veo también en la memoria (y no

sé si sería cierto) un pequeño ciprés. Y al fondo del corredor, en amplia pieza, don Tulio está ensimismado en la escritura. Doña Teresa va andando pasito para no interrumpirlo. Pensé entonces, por primera vez, en ese recatado goce y maravillosa confidencia que hace el hombre a una hoja de papel, y que llamamos Literatura.

Muchos podrán escribir sobre los méritos de don Tulio en las letras nacionales; a mí me basta señalar, más modestamente, cuánto su obra significa para quienes nacimos en la altiplanicie de Mérida. Haber fijado aquella apartada Historia que por confundirse hasta fines de la colonia con la del virreinato de Nueva Granada casi no se consideraba en el cuadro común de los anales venezolanos, es la primera razón de su tarea histórica. Hasta obedeciendo a la vieja y combatiente venezolanidad de los Febres Cordero, pobladores y libertadores, don Tulio quiere alegar la acendrada venezolanidad de Mérida. Y cuando él desentrañó la vida de aquellos agricultores, pobladores y letrados que formaron la cultura de la ciudad colonial, ¡qué de figuras extraordinarias aparecieron! Desde el canónigo Uzcátegui, el que dijo a los guerreros de 1811: "Hay calzones debajo de estos hábitos", educador y filántropo, que ya a fines del siglo XVIII funda y sostiene de su propio peculio la primera Escuela de Artes y Oficios conocida en Venezuela y sacrifica de viejo cuanto posee en la lucha por la Independencia, hasta aquel puñado de héroes niños que la ciudad delega en 1813 al Ejército de Bolívar. En el silencio de los claustros, en la biblioteca ya enciclopédica que formó el obispo Torrijos, se habían forjado aquellas cabezas insurgentes que rubrican la declaración patriótica de Mérida en 1810, cuando el joven Rivas Dávila llega a matacaballo trayendo las ardorosas consignas de Caracas. El

Canónigo Uzcátegui hace entonces fundir cañones en su hacienda del Albarregas con los bronces de las iglesias, y la criada Anastasia se escapa del convento de las Clarisas para disparar en la neblina y el espanto de la noche, los primeros trabucazos patrióticos. ¡Y los que siguen a Campoelías y los que morirán en los pontones de Puerto Cabello y en la desesperada inmigración de familias —después de la ofensiva realista de 1814—, vagando como tribus del Antiguo Testamento, por las más nómadas y desiertas llanuras de Barinas y Casanare! Así se dispersa la familia y la fortuna del "Rey Chiquito", don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, a quien Bolívar invita en una carta a interrumpir su prolongado llanto por los hijos muertos y desaparecidos en las campañas del año 13, y las de Dávilas, Nucetes, Paredes, Uzcáteguis, Maldonados y Briceños.

De todo ello ha guardado fe la obra literaria de don Tulio Febres Cordero. Y junto a nuestro vernáculo cantar de gesta, la interpretación poética y costumbrista de toda la región andina. Las "Tradiciones" de don Tulio poblaban para mí y para los merideños de anteriores y posteriores generaciones, cualquier sitio o aledaño de la ciudad, de aquel encanto o de aquellos fantasmas sin los cuales la Historia sería el relato más soso y descolorido. Soñábamos de muchachos frente a las paredes pobladas de añoranzas del viejo convento de San Agustín; imaginábamos al endemoniado Gregorio Rivera, tenorio y espadachín, raptarse una monja de conocido linaje, o íbamos a buscar en las noches del "Llano Grande" la sombra de aquel gran caballo blanco que arrojaba fuego y que según algunos timoratos debía ser jineteado por mi bisabuelo Rafael Salas, por haber tenido la pretensión de fundar en Mérida una Logia masónica. (Con su corbata de plastrón y su barba rapada a la inglesa, don Rafael se impresionó de joven con aquel movimiento de los jacobinos colombianos allá por 1827, y trajo a Mérida las pala-

bras y liturgias del Rito escocés antiguo y reformado y una serie de planes progresistas y quizás heréticos, para hacer caminos y desarrollar pequeñas industrias locales.)

Lo que se puede llamar el buen arte costumbrista de don Tulio que complementa, poéticamente, su tarea de historiador, se expresa con sencilla gracia en algunas de las "Tradiciones", en las "Memorias de un muchacho", en los "Cuentos" y en los mejores capítulos de su discutida novela "Don Quijote en América". Todos nosotros hemos vivido en esos "Mapiches" o "Sanisidros" imaginarios en que transporta a un mundo de fábula la vida merideña de fines del siglo XIX, y la polémica —tan del gusto de entonces —entre el progreso y la tradición. Para un estudio —que si parece muy actual— sobre los orígenes del nacionalismo venezolano tienen sumo interés aquellas animadas páginas.

Todo está narrado en un estilo que tiene la fluidez reminiscente de la mejor conversación de viejo. Era el suyo aquel idioma de familia, sin énfasis, nutrido de las metáforas más directas que inspiran el paisaje y la tierra, como el que hablaban los sosegados agricultores que solían ser también catedráticos de Universidad, en la Mérida tan castiza y cortés del siglo XIX. Parecía tan nuestro y autóctono como las mariposas azules de la Sierra que coleccionaba su amigo don Emilio Maldonado; como los colibríes y "chupitas" que exhibía en su pequeña tienda como fabuloso rey mago, don Salomón Briceño; como el incinillo que las vendedoras mestizas bajan a vender de los páramos en días de aguinaldo, como esas tejas rojas que sirven de colonial copete a la ciudad, salidas de los "hornos" de Milla, la Otrabanda y el Vallecito, y que invitan a la vista como el pan bien cocido. Mérida necesita guardar la imagen de su rapsoda en alguna de aquellas placitas recoletas, acompañadas siempre por el subterráneo rumor del agua —El Espejo, Belén, San Agustín—, o en los maravillosos miradores sobre el

Chama, el Albarregas y el Mucujún donde con el estímulo del paisaje provoca ponerse a conversar en el lenguaje insinuante, curioso y anecdótico, de don Tulio Febres Cordero. Fué el meridеño que siempre se quedó, por tantos otros que partimos.

NOCHEBUENAS, ALLÁ LEJOS

QUIZÁS la primera Navidad que recuerdo y en la que tengo la impresión de que comenzaba la vida, es esa —¡tan lejana!— en que los venezolanos supieron que había caído Cipriano Castro y subía al poder, Juan Vicente Gómez. Toda noticia circula rápida por los caminos de Venezuela en la actualidad, pero hace cuarenta y tantos años en un país atrasado diríase que se detenían morosamente en los venerables postes de madera del telégrafo provincial —venturosamente desaparecidos—, postes que en la verde latitud de Mérida florecían de orquídeas y servían de nido eventual a los pájaros errantes. ¡Cuántas noticias morían en el pico de las golondrinas! Pero aquella Navidad debió ser especialmente patética, porque además de los comentarios políticos de mis tíos, en los corredores; de las visitas que entran, salen y cuchichean, conmueven la casa los quejidos del abuelo enfermo, afectado de terrible dolencia que acabaría con su vida después de Año Nuevo. Tuve la impresión —a causa de tantas cosas serias —de que los presentes que depositaron los Reyes magos en mis zapatos, obedecían más a cortés convencionalismo que a entusiasmo auténtico. Quizás, desde entonces, perdí la fe en los Monarcas y empezaba a deshacerse y pulverizarse un encantado mito infantil. He querido conciliar, difícilmente, el impulso poético y el espíritu crítico.

A pesar de todo, los días eran hermosos con la insólita frescura y transparencia que pinta diciembre en nuestra cordillera; los picachos de la Sierra nevada se engastaban en el más despejado cobalto; las matas de granados, guayabas y chirimoyos del solar estallaban su mejor carga olorosa; el azulillo con que las criadas frotaban la ropa diríase que también había bajado del cielo, y la luz tan clara y dulce invitaba a una incesante romería de pájaros. Reconocía las "chupitas" merideñas,

un poco monjiles y pesadas en su vestido gris y los flecheantes colibríes, de estupendos verdes, a veces estriados de rojo, que parecían dispararse en busca del sol. Don Emilio Maldonado, meteorólogo de la ciudad hubiera podido telegrafiar a Caracas: "Temperatura media, 17 centígrados; cielo despejado; no hay cirrus en la región". Para gusto de un niño y primer contacto con el mundo, había también en la casa el trabajo del "amasijo" y ver salir del horno encendido los más azucarados "mojicones" y rosquetes. Un olor de condimento criollo —de salpresa, vinagre, guayabita, aceitunas y pasas de Almería— brotaba también de las enormes ollas en que se prepara el guiso de las "hallacas".

—¿Las comeríamos ese año, y celebraríamos la Navidad estando el abuelo gravemente enfermo?, fué todo un problema para lo que irrespetuosamente se puede denominar la Teología doméstica. Pero si se prescindía de la cena navideña de los parientes, era inhumano renunciar a una tradición tan largamente establecida como la de mandar hallacas a los presos. Era costumbre bondadosa de los días venezolanos de guerra civil donde los cautivos de hoy se convertían en los carceleros de mañana. O quizás un vestigio de la dulce tregua de Dios, aun en el peor tiempo de congoja, como en la época feudal. Para mí era primera lección de solidaridad humana, ese vínculo y comunicación de almas que desde las palabras de Cristo en Canaán pretende acercar a todos los hombres: sean publicanos y bárbaros, heréticos y fariseos, nacidos en Jerusalem o nacidos en Samaria.

(Antes de ver castillos europeos y piedras lejanas, el cuartel de Mérida con sus portalones añosos, su larga balconería, empinada garita y astabandera, me daba una sensación de extrañeza. Como todos los chicos de la ciudad quería asomarme a la plaza en las horas de relevo de las guardias, cuando ululan los cornetas y los soldados hacen su cotidiano ejer-

cicio. En la pobreza de entonces el Cuartel servía de cárcel y paraban allí con sus historias de pequeños o grandes crímenes rurales, los presos de todo el Estado. Algunos eran simples peones de las haciendas que un domingo bebieron demasiado "miche" para concluir la fiesta a cuchilladas. Torva y triste crónica de miseria, aguardiente y analfabetismo. Y fué como la más sorpresiva aventura acompañar a un viejo sirviente de la casa a entregar las hallacas en el presidio. Aprendí a conocer —ya tan niño— lo que son los trámites burocráticos, cuando después de recorrer las arcadas, hablar con un sargento que arrellanado en su silla de suela, masca chimó; ver nuevos soldados y patios y las rejas lóbregas de los calabozos al fondo, llegamos hasta el "cabo" que se hizo cargo del obsequio. Y como si debiera ser profesionalmente agrio abrió la tapa de la olla y dijo con cólera: —"¿Con que hallacas?— Ajá. Preso no conoce Nochebuena". Algo de la más irredenta sevicia, no alumbraba todavía por el despertar de la conciencia moral, se me hizo presente en ese instante. Era como una tempranísima invitación para leer a Dostoievski que sólo conocería muchos años más tarde. Pero para mis farsantes conversaciones con los muchachos de la escuela, tenía una singular historia que contar. Acaso me mirarían como los toscanos a Dante después de su fantástica jornada tenebrosa. Muy pronto había descubierto que también había "otro mundo", no sólo en el Cielo de los ángeles o en las profundidades infernales, sino a pocas cuadras de mi casa.)

¿Qué tiene que ver esto con la Nochebuena? Todo se funde en la unidad compleja de las primeras emociones. A nadie se le presenta el mundo como cuadro aislado y separable, al modo de esas narraciones y descripciones que escribían los costumbristas. Yo no hago costumbrismo sino busco la raíz de mi ser, el río de la conciencia a donde afluyen —conmovién-

donos o asustándonos— las palabras de los parientes, la diana del cuartel, la bandera flotando en su asta, o el continuo y maravilloso vuelo de los pájaros por el cielo de Mérida. Y el olor de las hallacas, del vinagre y de la sal-presa. También sonarán los valses y pasillos que tocaban en sus "sinfonías de boca" los adolescentes de entonces; las charangas de "tiple" y "requinto" que recorrían las calles de la ciudad; los clarinetes de la banda del Maestro Gil Antonio Gil; las campanas de la Catedral próxima que repicaba tan jubilosamente el inolvidable Juan el Campanero; el estallido de las "recámaras", "triquitraques" y "buscapiés" que preparaban para las fiestas los señores Maldonado, magníficos polvoristas de la región. Debieron también llevarme a ver aquella séptima maravilla de Mérida —que he descrito otras veces— y que se llamaba el pesebre de las Señoritas Chaparro.

Una especie de Historia sagrada traducida a nuestro clima, perfumada con las flores, laureles, díctamos, incinillos y frailejones de la alta Serranía, esculpida en rural anime, se volcaba sobre nuestros ojos. Pensaba que desde que ellas fueron jóvenes hasta que las conocí viejecitas, no cumplieron empresa más santa y mejor que multiplicar las figuras y adornos de su Pesebre. No había otro comparable en toda la región andina. Desde que Eva nace de la costilla de Adán y muerde en el árbol de la Ciencia una manzana que parece más bien venezolanísima lechoza, siguiendo con el sacrificio de Isaac, y la escala de Jacob hasta llegar a las más dulces historias del Nuevo Testamento. Pero santos, profetas y patriarcas de anime, parecían con sus "chapas" parameñas, sus ruanas y sombreros, personas que uno ha visto en la plaza del Mercado. Y todos los caminos del Pesebre por donde ahora viajan hacia Belén los Reyes Magos, se parecen en su cuestas ocres, musgosos desfiladeros, casitas

blancas para amarrar las cabalgaduras y descansar un poco, a todos los caminos de los Andes. "Vienen pidiendo posada" decía un cantar navideño.

Después otras Navidades pasarán con igual música de "tiples", violines y requintos y tintineo de campanas desde la torre más blanca de la Catedral, por el mundo de mi fantasía en formación. Era yo —¿será pedante decirlo?— como alebrestado río joven, como esos ríos de la Cordillera que beben en cada cumbre, en cada vertiente, su tributo de aguas blancas, saltarinas y cabriolantes. Y van saltando y relinchando como bonitos caballos capinos hasta encajonarse en los valles. Mueven las ruedas para la molienda del trigo y el descerezo del café. Arrastran flores en la primavera andina como jóvenes Dionysos. Es agua báquica, desperdiciada y gozosa, pasión de ventisquero, como la llegada de la adolescencia. Ya maduraba el tiempo oloroso de los primeros amores. Huelen a clavel rojo las noches de Mérida, y tímidamente los ofrecen las niñas "con su significado". Brincan las estrellas más azules que fosforecen, sollozan y se queman, en los arbolitos de fuegos artificiales que siguen fabricando los polvoristas Maldonados. ¿No ocurre, igual, con nuestro corazón un poco titilante? Francesca Bertini enseña su pelo largo, su espalda danunziana y sus tragedias meridionales en los cinematógrafos de la provincia. Con otros muchachos comentamos ya versos de Rubén Darío y de Juan Ramón Jiménez. Ha concluído la guerra europea; quizás se haga mejor el mundo y es hora ya de afeitarse en la "Barbería Moderna" de don Rafael Puente y de mandarse a hacer un traje en la "Sastrería Italiana" de don Francisco Emanuele.

¡Cómo se asocian de modo tan curioso a la historia de mi adolescencia! Don Rafael murió hace pocos años, cortando hasta el último momento, las barbas de tres o cuatro generaciones de merideños. Era buen caballero de una época

amable, despaciosa y conversadora. No sólo su magnífica barbería de grandes espejos, consolas de mármol y variado tocador ofrecía "honradez, aseo y escrupulosidad en el despacho" (como decía en sus avisos), sino era, a la vez sala de tertulia y biblioteca pública. Siempre pensé que en su profesión de barbero activo don Rafael escondió un poeta, porque sembraba de revistas literarias y libros de versos las repisas y mesas de su establecimiento. Leía a Rubén Daría y a Enrique Gómez Carrillo. La barba bien rapada en la "Barbería Moderna" de don Rafael Puente y el "smoking" con solapa de seda que me corté en la "Sastrería Italiana" de don Francisco Emanuele son el símbolo primario y elemental de esa nochebuena de la adolescencia en que nos jactaremos de hombres, casi emancipados, en el primer baile, y una linda muchacha que hasta entonces sólo vimos de lejos se reclinará en nuestro hombro. ¡Y qué torpes, afectadas y hermosas las palabras que le decimos, que ya tienen poco que ver con las bellas palabras de los libros!

Para el adolescente fabulador todas las estrellas señalan la ruta de Belén. Estamos a la espera de un milagro y nos abandonamos a la dirección que indica el lucero. Si la vida no nos hizo reyes orientales, nos incorporamos al cortejo como los pastores que oyeron el divino canto y llevaron también la mirra —no menos preciosa— de su humildad y sus sueños. Eran "los hombres de buena voluntad; los hombres pacíficos" a quienes convocó el Ángel.

Después, Mérida y yo seguimos creciendo, y quizás nos tornamos más cosmopolitas. Sólo la Sierra cesó de empinarse, y cualquier cambio en su tamaño lo advertirían los hombres dentro de cuarenta siglos. Las aguas que bajan de sus vertientes, la siguen ciñendo con sus collares de infinita albura. Hay todavía pájaros y mariposas, menos mudables que las generaciones humanas. Con las Señoritas Chaparro la ciudad enterró

la mejor y más animada tradición de sus pesebres navideños. Los jóvenes ya no se rapan las barbas y leen libros de versos en la imponderable "Barbería" de don Rafael Puente. Entre esas nochebuenas de allá lejos y las de ahora, ¡qué frontera de nieblas, de oscuros cirros, de cambio y de soledad!

MEMORIA DE
GONZALO PICÓN-FEBRES

RETRATO PROVINCIAL

ENTRE los más misteriosos vecinos de Mérida, cuando yo era muchacho, muy aficionado a oír historias pasadas y anécdotas de las gentes, contábase mi lejano deudo don Gonzalo Picón-Febres a quien sólo vi a distancia reverencial, sin acercarme ni hablarle, en dos contadas ocasiones. Una fué cuando pronunció con elocuentísimo garbo el discurso de orden en una velada de la Universidad de los Andes; otra, al salir ya muy cansado y vencido, en las antevísperas de su muerte, de la clínica del Dr. Diego Carbonell. Y los muchachos del colegio que merodeaban en la plaza y a quienes había llegado la fama del novelista, lo señalaron como los florentinos debían señalar al Dante. Por tantos engaripolados y desafiantes personajes de aquellos años, en que hubo en Mérida una especie de guerrecilla local entre el Presidente del Estado y el Jefe Civil del Distrito quienes casi se agredieron a tiros en el billar de don Leopoldo Gelsi; por tantos señores de revólver y buen caballo pasitrotero que azotaban imperiosamente las calles de nuestra apacible ciudad, bien valía la pena detenerse en aquel hombre enfermo, modestamente vestido, ese día, de liqui-liqui blanco, negro sombrero borsalino y anteojos oscuros que era una de las mayores glorias regionales. Representaba las letras, el desinterés de la Cultura, en una sociedad que además de padecer a los régulos gomecistas, no tenía otras preocupaciones que la formularia misa dominical, los terroríficos sermones del Padre José Clemente Mejía describiendo por milésima vez las penas del infierno, y el negocio de frutos menores, mulas de silla, bueyes y burros para el trabajo del campo, en los ruidosos mercados del día lunes. Esa Mérida de mi infancia olía, a la vez, a naranjas de la Otra Banda, a muy tropicales guanábanas y caimitos de las vegas de Ejido, a pasto verde de los potreros aledaños y a incien-

so místico del que se elevaba continuamente en las diez iglesias de la pequeña ciudad.

Y la leyenda de Picón-Febres en una sociedad como aquélla —era en 1918 la misma sociedad que había pintado en "Fidelia" veinticinco años antes— se configuraba de muy varios episodios y circunstancias. Primero, que después de haber llevado una juventud brillante (viajó por Europa, fué Ministro de Fomento, Cónsul en Nueva York), hubiera renunciado en el otoño de su vida a toda ostentosa figuración y vuelto a la provincia a encerrarse en la añosa casa que habitaban sus hermanas viudas y solteras. Ahora, no tenía trato con nadie; no se le veía en matrimonios y velorios, no iba a felicitar al Presidente del Estado cada 19 de diciembre, aniversario de la "Rehabilitación" y pasaba todo el día en su escritorio, llenando cuartillas. Porque todo eso era desusado para el vivir provincial, los mismos muchachos del Colegio fuimos más de una vez a espiarlo, cerca de su casa. Era un primer y tácito homenaje a la Literatura que para nosotros parecía más gloriosa e inaccesible que los canos picachos de la sierra de Mérida. Pero las grandes ventanas, acorazadas de altas y muy tejidas celosías, no permitían sorprenderle en su gabinete de Doctor Fausto. Apenas, cuando entraba el repartidor de pan o una de esas vendedoras de "granjerías" que recorren las aceras de Mérida, se abría la romanilla del anteportón dejando ver —como en todas las casas andinas— el claustral corredor de pilares enjalbelgados, las matas de geranios y hortensias, y la pila del patio por donde rueda un agua soñolienta. Otros decían —lo recuerda el poeta Humberto Tejera en su novela "Las águilas blancas"— que ciertas noches, corroído de misantropía, Picón-Febres vagaba como un fantasma por las más enmontadas callejuelas, se bebía unas copas para liberarse de su angustia, y terminaba apostrofando en casi blasfemo monólogo el convencionalismo y el tedio de

la existencia provinciana. Algo que se frustró en su vida —y que debemos explicar— fué acaso la causa de tan melancólico estado de espíritu.

Contaban, también, en la ciudad, que cuando el centenario de la Independencia en 1911, Picón-Febres fué llamado a Caracas para que pronunciara uno de los discursos oficiales de las ceremonias. La oratoria (de acuerdo con los cánones del siglo XIX), conjugando su excelente voz con su orgullosa apostura y la dinámica de los ademanes, era uno de sus acendrados ritos. Concluían y sonaban las frases de sus discursos con cadencia de endecasílabos. Era muy significativo que al formular la lista de oradores del Centenario, Gómez se acordase de Picón-Febres quien vivía casi a mil kilómetros de distancia de la capital y diez días de jornada, por las penosas rutas de entonces. Una distinción semejante casi implicaba que el sumo Dictador le ofreciese, después, un alto cargo público. Pero el orador no supo halagarlo a la medida que quería el gran mayoral de Venezuela; al final del discurso Gómez le extendió una mano díscola, y Picón-Febres entendió que era preciso preparar las maletas de regreso. Fué a hundirse entonces —como quien ya cortó todos los puentes— en el recato de la provincia.

Mérida, tampoco debió acogerle con muy abierta hospitalidad. En tan ortodoxo y devoto ambiente —la fe merideña se parecía a la más acérrima e inexorable de la Contra-Reforma española— se censuraron siempre a Picón-Febres unas páginas de su novela "Ya es hora" que la Curia encontró muy poco piadosas. En aquellos días, más que el prudente y elegante Obispo Monseñor Silva, era enérgico director de las conciencias locales, el agresivo Deán de la Catedral, Presbítero José Clemente Mejía. Cualquier pecadillo venial de los escrupulosos vecinos, merecía para el sacerdote, sempiterna condenación. De creerle al Deán, incansable y casi cotidiano sermoneador en todas las

ceremonias de Catedral, el diablo andaba suelto en Mérida, sembrando las más azufradas tentaciones. Como un Savonarola autóctono condenaba el baile, las fiestas de carnaval, y hasta la lectura de versos y novelas. Alguna quema y expurgo de libros, casa de un viejo Doctor que dejó al morir su biblioteca a la Universidad, fué animada por el rabioso celo del Canónigo. Y había dirigido muchos años atrás, un periodiquito cuyo nombre era todo un desafiante programa de resurrección medieval. Se llamaba "El Cruzado" y armado de la más colérica catapulta de la fe, aprestábase a lanzarse contra todos los endriagos y diabólicas engañifas de la civilización. Aunque había en Mérida algunos corrillos liberales y desenfadados como el que un grupo de irónicos mozos —estudiantes universitarios, poetas y escritores— mantenían cada tarde en las alegres graderías de la Plaza de San Agustín, ni sus bromas y retruécanos (cierto burlesco poema de costumbres y tipos merideños que circuló en manuscrito anónimo), hubieran disminuído la influencia del Deán en las almas pusilánimes. Picón-Febres disfrutaba, gratuita e injustamente, de fama de medio hereje, y sus libros no se podían poner en todas las manos como los de su risueño y apacible contemporáneo don Tulio Febres Cordero. El escritor solitario iba, pues, a romperse la cabeza contra un ambiente que casi le era gélido y hostil. Hablaban del novelista las almas demasiado devotas envolviendo su reticencia en una montañesa "garúa" de murmuración.

Es una de las tantas paradojas de Mérida. Como centro universitario albergó siempre gentes de toda la República que allí leyeron y discutieron libros y partieron a audaces empresas de Cultura; la belleza del paisaje y el sosiego meditador engendraba poetas y finos espíritus contemplativos, pero la organización demasiado oligárquica de la sociedad hacía que las gentes trataran de esconder su talento como un morboso secreto.

Y acaso los merideños, hemos querido más a Mérida porque siempre sufrimos el recelo de su anticuado estilo de vida. Más en esta amargura otoñal de Picón-Febres, hay otro misterio de índole literaria que provoca esclarecer.

EL ESCRITOR A DESTIEMPO

Nacido en Mérida en 1860 y muerto en la isla de Curazao en 1918, el autor de "El sargento Felipe" ya tenía treinta y cinco años cuando se inicia en Venezuela el movimiento modernista, signo determinante de la Literatura venezolana entre 1895 y 1920. Es decir que su prosa y preocupaciones espirituales serán muy diversas a las de los más eminentes escritores del Modernismo como Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll. Éstos insisten en su francesismo y cosmopolitismo, mientras que Picón-Febres se conserva raizalmente español del siglo XIX. Tampoco puede identificarse con las viejas generaciones —románticas, académicas o neoclásicas— que todavía vivían, como las de Eduardo Blanco, Julio Calcaño, Felipe Tejera. De ellas también le separaba la concepción melodramática de la vida que fué característica de nuestro Romanticismo de tierra caliente, o por el contrario el acartonamiento purista, lo que don Amenodoro Urdaneta llamaba "el idealismo en el arte", en que cayeron otros escritores por librarse del frenesí. Entre los románticos, los académicos y los modernistas hubo una generación intermedia —a la que pertenece, más cronológica que espiritualmente, Picón-Febres—: la de los positivistas como Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul o Luis López Méndez cuyo problema no fué tanto el cambio en los estilos o las formas artísticas, como el aporte de un nuevo repertorio de ideas sociológicas o científicas, para orientar de otro

modo las comunes preocupaciones del alma venezolana. Ellos estudiaron idiomas modernos: inglés, francés y alemán, e hicieron de su trabajo literario un instrumento polémico para interpretar la realidad histórica y social del país. Agregan al Liberalismo, constante de la muy perfilada tradición laica del intelecto venezolano, algunos elementos científicos que de acuerdo con las ilusiones de la época harían de la Historia o la Política un mundo regido por leyes, combinaciones y determinaciones análogas a las que rigen la Ciencia natural. Picón-Febres escribirá sus primeros libros en los días en que aparecen obras tan significativas para el pensamiento venezolano como "Julián", "Pasiones", "Mosaico de política y literatura", "El hombre y la historia". Pero sólo la cronología fija una contigüidad entre él y los positivistas. En aquella generación de la década del 80 es el literato puro; el que no quiere llevar a otras órbitas fuera de la ficción, la oratoria y la crítica literaria, su mensaje verbal. Aun en el campo novelesco limita sus cambios a aquellos que bajo la influencia francesa ya castellanizaba doña Emilia Pardo Bazán en sus novelas y libros de polémica, como "La cuestión palpitante". Todas las formas del siglo XIX hispano que ya comenzaban a desmoronarse hacia 1890: la oratoria a lo Castelar, el realismo a lo Pereda, el limitado naturalismo que doña Emilia Pardo Bazán recogió en sus expediciones a la literatura francesa, configuran, aún, el temperamento y la obra de Picón-Febres. Y ciertas influencias hispano-americanas, tan varias y distintas como las del Montalvo de "Los siete tratados" y "Las catilinarias" —de quien a veces toma el párrafo caudaloso y el adjetivo añejo— y el Isaacs de "María", verdadero padre de la novela regionalista en todo el Continente.

Esto hace del autor de "Fidelia" y de "El sargento Felipe" un hombre de frontera, suerte de escritor a destiempo, que continuamente rompe lanzas contra los hombres de

la vieja generación, pero tampoco se siente a gusto en la que le sigue. Si se indigna contra los viejos escritores, pontífices de Academia, como don Julio Calcaño a quien parece endilgar el terrible panfleto "A un escribidor senil", no alcanza tampoco a medir con toda ecuanimidad la importancia del Modernismo. Si ha elogiado alguna vez a Díaz Rodríguez y Blanco Fombona, no deja de ponerles reparos. Y sus prejuicios contra los modernistas, se expresan, a veces, en destemplados juicios sobre Rubén Darío. En muchos poemas de éste, encuentra "palabrería tonta, frivolidad mundana, apariencia engañadora, en formas literarias de comercio, y de comercio buhonero" (*Apuntaciones críticas*, pág. 76). Otra vez, por la poesía "Los burritos" llama a Leopoldo Lugones "antropófago del arte" y en extensa epístola a Manuel Ugarte desfoga su disentimiento de los poetas y escritores de la escuela. O bien alabando una obra de R. López Baralt, lanza una homilía contra el estilo de la época:

"Es probable que alguien ría por ahí —después que lea este libro— de las afirmaciones que acabo de exponer, porque la literatura que encierran las páginas que siguen, quizás, y sin quizás, no está de moda. Se usa en lo presente por algunos, que no por todos los que escriben, cierta literatura quintaesenciada que habla mucho y dice poco, que exagera los afectos, que traduce las pasiones en forma inverosímil, que no pinta la realidad como es sino extraña y relamida, que abusa de la hipérbole a fin de que resulte más brillante el efectismo, que amontona las palabras y las cláusulas de color subido para vestir y engalanar pocas ideas". (*Apuntaciones críticas*, pág. 207).

Quizás este choque con la nueva escuela que triunfaba a pesar de su sarcasmo y el sentimiento de que por la preponderancia de ella, el país no reconocía cuanto hizo por el crédito de nuestras letras, acendró la soledad misantrópica de los últimos años de Picón-Febres. Otros de sus coetáneos como Gil Fortoul y Lisandro Alvarado supieron armonizarse y con-

vivir con las generaciones siguientes. En un medio literario tan pequeño como era el nuestro, "La literatura venezolana en el siglo XIX" de Picón-Febres, se destaca por su ruda franqueza crítica. Censura con libre desenfado a sus contemporáneos. No era, precisamente, hombre manso y calculador. A veces grita, zahiere y se siente acosado y perseguido. El batallador que no pudo seguir cumpliendo cargos y funciones brillantes, se sublima en belicosas páginas de crítica y de historia personal. Era su rebeldía y alzamiento, desde el tintero. La voz en el desierto de muchos letrados, preteridos como él, en la languidez espiritual de los días de Juan Vicente Gómez.

PICÓN-FEBRES Y LA NOVELA REALISTA-REGIONALISTA

Ningún crítico se ha detenido bien en una de las extrañas anomalías de la Literatura hispanoamericana, y muy concretamente de la venezolana en el siglo XIX. Es el cerrado muro de "tabús" sociales, morales y políticos que comprimen la obra del escritor. Aunque leyeran con provecho a los autores franceses, canon estético de la época, la imitación o ejemplo que tomaron de ellos, iba hasta el límite en que tropezaban con las inexpugnables convenciones de la sociedad criolla. Curiosamente el Romanticismo coincide en Venezuela con los días más brutales y violentos de guerra civil; se actuaba y hablaba con furor en el campamento que era el país durante las luchas de la Federación, pero los poetas románticos nos ofrecían, por contraste, un mundo irreal de ángeles y pasiones puras. Sólo los periodistas políticos —como Juan Vicente González— eran capaces de interpretar la ira de la época. Si la Literatura fuese siempre un documento social, la imagen de Venezuela entonces, a través de la poesía, sería un angélico país de trovadores ena-

morados y de fidelísimas mujeres que les aguardan en un imaginario castillo. Los costumbristas reaccionaron en su arte menor y a veces de modo tosco, contra semejante vaguedad, y preparan así el camino al realismo novelesco que se advierte al final de la década de 1880. Empieza a liquidarse una Literatura de álbum y flores disecadas, de leve céfiro y de suspiros. Las cosas venezolanas pedían ya que se les definieran por sus nombres.

Digo "realismo" y no "naturalismo" porque a pesar de la influencia de Zola, tan palpable en aquellos días, el escritor criollo nunca dispone de la desenfadada libertad de los "naturalistas" franceses. Se mantiene en una zona intermedia en que si aplica el minucioso método zolesco a la descripción de algunos ambientes, teme todo lo que contraría la moral común. En las letras hispanoamericanas una novela como "María" de Jorge Isaacs había llevado a su clímax los últimos vapores seráficos del Romanticismo, pero al mismo tiempo, y frente a la idealización de los personajes, fijó la realidad paisajística y costumbrista con cuidadoso esmero. Si María y Efraim eran demasiado angélicos para peregrinar en la tierra, los frutos, los árboles, los animales de aquel encantado valle del Cauca, parecían demasiado vivientes. Y un poco de ese compromiso híbrido entre el realismo del ambiente y la idealización de los seres, empezó a surgir la novela criollista. En "Peonía" de Romerogarcía publicada en 1890 observamos el abierto contraste entre la rudeza ambiental, la violencia de los personajes secundarios y el carácter idealizado de los principales protagonistas. Obra híbrida en que se conjugan desigualmente lo novelesco, lo periodístico, lo sociológico.

Hombre de más acendrada cultura, Picón-Febres ofrece en "Fidelia" (1893) la primera novela bien compuesta del realismo venezolano. Ya sé que en un trabajo reciente el Padre Barnola exige tal primacía para "Zárate" de Eduardo

Blanco, pero como novelista el glorioso autor de "Venezuela heroica" no supo armonizar bien lo verosímil y lo melodramático. El enredo folletinesco —residuo de sus lecturas románticas— complica con arbitraria prolijidad la marcha de aquella novela. Y si el valor, y también las limitaciones del realismo literario, estriban en que la acción novelesca transcurra en una zona normal y común para que los lectores reconozcan la verosimilitud de la novela, pocos libros de entonces cumplen semejante requisito como "Fidelia". He aquí una obra absolutamente coetánea de las costumbres y psicología provincial venezolana en los días del 90. Es curioso que pensando acaso en la "Germinie Lacerteux" de Goncourt, la protagonista de "Fidelia", es una criada doméstica; la primera que entra con su vestido y sus amores humildes en el ornamentado campo de la ficción venezolana. Claro que la influencia —si la hubo— de "Germinie Lacerteux" se queda en la similitud y mediocridad de oficios, porque la fórmula novelesca de Picón-Febres no alcanza la audacia analítica de los franceses. El interés de la novela no radica en su materia extraordinaria y sus lances agitados como en "Zárate", sino presenta, más bien, un cumplido reportaje del pequeño mundo de rutina y ordinarias pasiones de una pequeña ciudad provincial venezolana a fines del siglo XIX. Goza el autor en el inventario minucioso de ciertos ambientes populares, como en la detallada descripción de la pulpería criolla que abarca casi todo el capítulo noveno.

La trama no puede ser más común: los amoríos y rapto de Fidelia, criada en la beatífica casa del Padre Torrijos por el Doctor Sánchez Azuero, joven y ambicioso Don Juan de la política provinciana para quien tener una amante más es signo de altiva hombría como el revólver que desfunda en las querellas locales o los gallos de pelea que exhibe en las apuestas. Y la crónica transcurre entre los enredos políticos de la provincia en vís-

peras de elecciones que habrán de terminar en típica "revolucioncita" con la muerte del combativo Sánchez Azuero y la desolación de Fidelia, Dido de una ciudad incendiada. La división entre "la gente de arriba" y "la gente de abajo" condiciona, asimismo, la política vernácula y fija el marco en que se mueven los caracteres.

En "Fidelia", libro hoy injustamente olvidado (apenas existe la rarísima edición de Curazao, Librería de A. Bethencourt e hijos, 1893), forma Picón-Febres su geografía literaria, la suma de peculiaridades de ambiente que después veremos repetirse en "Ya es hora" y "El sargento Felipe". Singular gusto por los modismos, refranes y deformaciones del lenguaje vernáculo que le inspirarán en la madurez aquella amable investigación de su "Libro raro", ya exhibe en esta primera novela. Y sería la más atractiva y lograda del escritor merideño, si por otros motivos no la hubiera opacado y quitado audiencia la más popular de sus creaciones novelescas, "El sargento Felipe".

EL SARGENTO FELIPE

"El sargento Felipe" fué la más difundida de todas sus obras de ficción. Desde 1897 se publicaron en "El Cojo Ilustrado" algunos capítulos de la novela con los excelentes grabados de que la ilustró el lápiz ya agónico, vencido por la enfermedad, de Arturo Michelena. Y este encuentro del pintor y del escritor, iluminando aquellas páginas criollas, parecían un homenaje desgarrado de la inteligencia venezolana al pobre pueblo nuestro, víctima de toda injusticia, en el personaje arquetípico que es "El sargento Felipe". Después de nuestras asoladoras guerras civiles, con las alpargatas rotas, la sucia camisa

de liencillo, el escapulario de la Virgen que no los socorrió y el "cacho" para beber agua, de vuelta de la humillante recluta, muchos Sargentos Felipes, ya sin hogar ni familia, recorrían todos los caminos de Venezuela. Los hombres de los páramos vagaban por la llanura; los del llano temblaban de frío en las sierras.

Forma parte el libro de aquel ciclo de obras de crítica y proceso de la dictadura guzmancista, tema que insurge con cívico brío en las letras venezolanas después que el país se libera del agobiador paternalismo del gran caudillo. Si una personalidad como la de Guzmán Blanco puso un poco de orden y previsión material en el caos del país después de la Federación, si creó algún progreso de edificios, muelles, caminos y escuelas y mayor refinamiento en las costumbres; si quiso "civilizarnos" como Pedro el Grande a los rusos, ahogó también todo germen de libertad política; asumió sobre las leyes y las instituciones la representación más abusiva del Estado. Al caer su dictadura, Venezuela estaba como un hijo menor que quiere librarse de la más opresora tutela. Aquella generación de la década del 80, tenía que empezar a pensar por sí misma, pues durante más de veinte años Guzmán Blanco y sus áulicos, absorbieron todas las iniciativas venezolanas. Y el solo papel consentido a los intelectuales fué glosar con música panegírica y adjetivos detonantes, las ideas y caprichos del "Ilustre". El vivo contraste entre las leyes escritas que se gloriaban de ser muy liberales y la realidad despótica, fué tema de estudio para los escritores de la época como Luis López Méndez, Nicomedes Zuloaga, José Gil Fortoul. Una obra política como "Personalismo y legalismo" de Muñoz Tébar constituyó la denuncia e inventario candente de esta paradoja institucional de la vida venezolana. Los doctores de los Congresos hacían muy bonitas leyes, pero los régulos armados del Guzmancismo las deformaron o interpretaron a su guisa.

Aunque no es sociólogo —como sus otros compañeros de generación— Picón-Febres hace de su libro la epopeya doliente de la recluta. Muchos años de verboso Liberalismo no habían abolido, para entonces, tan envilecedora forma de esclavitud humana. Dedica la novela "al honrado y laborioso pueblo de Venezuela, verdadera víctima de nuestras guerras civiles". Y narra con técnica que podríamos llamar "lineal" la historia de Felipe, el buen labrador, lanzado de su conuco por la ferocidad de la conscripción. Para que los señores de la guerra conquistaran o se jugaran el poder en la aventura de los alzamientos, los campesinos eran atraillados como bestias y empujados a combatir en suelos lejanos por los caudillos que desconocían. Los campos quedaban sin brazos; las tierras se enmontan o endurecen como rastrojos, las muchachadas del conuco pasan a ser las siervas o amantes del latifundista, mientras el conuquero cumple su tiempo de forzado servicio. Tornará Felipe a sus campos de Maraure a contemplar la heredad hecha escombros, la mujer muerta, la hija en el serrallo del gamonal. Se tira al barranco como esas bestias demasiado enfermas que no soportan más sus llagas y magulladuras. Y en el terrible ciclo de la vida rural, así como llegan los aguaceros, la sequía, las bandadas de ávidos pericos, otros Felipes volverán a dejar su tierra y sus hijos, cuando en cualquier región de Venezuela un caudillo imperioso dispare los primeros fusilazos de otra guerra civil. Sencilla historia arquetípica que para ser contada no requería mucha imaginación, porque era la de la tribu labriega durante los largos años de discordia y furor. Pero como en "La cabaña del tío Tom" en las letras norteamericanas, el mérito del libro no estribaba tanto en la fuerza de su invención como en su capacidad de denuncia. (Se ha dicho que estas novelas, a diferencia de las europeas, producto de países más estratificados y seguros, suelen sacrificar la fantasía al alegato político o al testimonio histó-

rico. Y dentro de tal corriente, "El sargento Felipe" parece enseñar a los historiadores cómo vivía y cómo sufría el campesino venezolano hace sesenta años.)

La técnica lineal de estos libros que deben terminar en catástrofe o desenlace patético, contrapone un primer estado de seguridad o dicha de los protagonistas con la violencia o el horror que deben sufrir después. Y semejante antítesis es palpable en "El sargento Felipe". La paz en que vive la familia en los capítulos iniciales de la novela, es bruscamente sustituída por la presencia imprevisible de la adversidad. El destino de los seres se condiciona por la tormenta que viene de fuera. Como dice el refrán mexicano "el remolino los alevantó". Sus almas son impotentes ante la presión de las cosas. Y también el carácter bondadoso, quizás pintado de una manera demasiado esquemática, de los tipos rurales como Felipe, Gertrudis, Encarnación, se contrasta con la perversa sensualidad del rico propietario don Jacinto o con la palabra chismosa e intrigante del Padre Raldíriz, cura del imaginario pueblo de Maraure. El usual tópico de la "pureza" de las gentes del campo y la corrupción de las de la ciudad, del "menosprecio de corte" y "alabanza de aldea", fuerza un poco los ambientes y el alma de los personajes para destacar la tesis.

Mucho ha cambiado la novela venezolana en las casi seis décadas que ya nos separan de "El sargento Felipe". Más allá de la pintura objetiva de las cosas, se logró —desde el Modernismo— mayor atmósfera poética; un párrafo más corto, conciso, impresionista, reemplazaba a la prosa un tanto oratoria del siglo XIX; al simple testimonio o denuncia de una realidad social se agregó —como en "Doña Bárbara"— el símbolo que trasciende del retrato físico o del inventario y enumeración, tan gratos a nuestros primeros realistas. A los colores uniformes que se proyectan sobre los personajes en aquellas novelas y al juego

elemental de contrastes entre los buenos y los malos, la doncella pura y el don Juan lujurioso, se opuso mayor veracidad psicológica, se degradaron o fundieron los colores para reflejar el misterioso claro-oscuro de la vida. En nuestra prosa relatista ya el hombre venezolano —aunque se llame "Juan el veguero"— parece más complejo que en los días de Picón-Febres y Romero-garcía. El estilo de la novela —en Gallegos, en Teresa de la Parra, en Uslar Pietri, en Díaz Sánchez— se ha diferenciado bien del periodismo y la oratoria que aun penetraba en nuestros novelistas de 1890. Pero estos cambios progresivos en el arte del relato, no le quitan a un hombre como Gonzalo Picón-Febres su puesto de adelantado de la novelística venezolana; la gran novedad que en contraste con el romanticismo y melodramatismo de los escritores precedentes, tuvieron obras tan honradas como "Fidelia", "Ya es hora" y "El sargento Felipe". De estos cambios, enmiendas y nuevos estilos de mirar que trae cada generación, se hace precisamente la historia literaria. Y ahora que nuevas formas económicas y corrientes culturales modificaron el cauce de nuestra vida histórica, podemos leer aquellos libros como indispensable testimonio e iluminación de una época.

Y Mérida, donde padeció tantos años de soledad y preterición mi lejano pariente, ya ha sabido honrarle como a uno de sus hijos más ilustres. Una arbolada avenida que mira a los gélidos picachos de la Sierra, bajo cuya sombra benévola van a pasear y leer los estudiantes, y un retrato en la Universidad que le presenta con aquel imperioso garbo de orador que lucía en sus mejores momentos, recuerdan el nombre de Gonzalo Picón-Febres. Aunque él nunca lo dijo —porque disfrazaba de inventadas toponimias la localización de sus novelas— el paisaje rural de los aledaños de Mérida con su cafetos, guamos y pomarrosos; con la pulcritud de sus blanqueadas casitas campesinas donde nunca faltan flores y mesa de "puntal" para el huésped;

con la sabrosa habla arcaica de sus labriegos, tan corteses, vive siempre en sus libros. Fué con Tulio Febres Cordero uno de los primeros escritores que incorporó nuestro peculiar mundo montañés, a la geografía imaginativa de la literatura venezolana. Viajo a una comarca perdida y reminiscente que se aproxima a la de mi infancia, releyendo sus novelas. Y por el fuerte aire regional de sus tipos, me imagino que conocí en ferias, mercados y fiestas de iglesia a gentes que se parecían a Fidelia, al Doctor Sánchez Azuero, a Felipe, a don Jacinto, a Gertrudis, Encarnación, Mayita, el Doctor Morlás o el General Osorio; figuras que a tanta distancia nos explican la sensibilidad y caracterología del país en la época de nuestros padres y abuelos.

MEMORIA DE
ANTONIO SPINETTI DINI

LOS adelantados de la inmigración italiana en Venezuela fueron aquellos toscanos y ligures —de Livorno de la isla de Elba, de todo el litoral genovés— que en las décadas que siguieron al gobierno de Páez llegaban en barcos de vela, cargados de aceite, vinos, cristales y sederías hasta el siempre bullicioso Maracaibo y a veces, tramontaban la cordillera, para establecerse en Mérida, Escuque, Boconó, La Grita, San Cristóbal. Aunque vinieran de la más internada aldea sabían de memoria tercetos dantescos y habían leído "I Promessi Sposi". Entre los que se fijaron en Mérida fué siempre importante el grupo de los "elbanos". Los nombres y pequeños puertos de aquella isla como Portoferraio y Marciana Marina nos eran toponímicamente tan familiares como Betijoque o Mucuchachí. En el viejo cementerio del Espejo se veía una que otra lápida del tiempo romántico, con angelotes y palabras lacrimosas que contaban la trayectoria de esos insulares y peninsulares de la venerable Toscana, un poco etruscos, que se acogieron al sosiego de nuestras Sierras nevadas. Las familias criollas de más labrada tradición entroncaron con ellos, y aun en su vejez un hombre ilustre, descendiente del gran soldado de Carlos V como el Doctor Eloy Paredes, sintió el embrujo de una muchacha elbana, casó con ella y formó postrera sucesión. El Doctor Eloy Paredes, letrado y gobernante prudente, amigo y corresponsal de Cecilio Acosta nunca pudo enseñar a su última y bondadosísima señora (a quien yo conocí muy viejecita), el atildado español que a él le gustaba, y se entendían en una lengua sui-géneris, en una especie de bajo latín hispanizado.

Útiles y cordiales influencias que desembocaron sin violencia en el viejo estilo de nuestra vida cordillerana, trajeron estos inmigrantes. Hombres efusivos, de sangre caliente,

partidarios del Papa y más frecuentemente de Garibaldi, dúctiles para toda acción —como suelen ser los italianos—; comerciantes, agricultores, doctores y generales, metidos hasta los primeros años de este siglo en todos los laberintos de la política vernácula; y mujeres bonitas, parecidas a las que acompañan a Simonetta Vespucci en la alegoría de la Primavera, brotaron de esas familias ítalo-venezolanas. Notábase su aporte en ciertos hábitos alimenticios, en el aseo y adorno de casas y jardines, en el gusto por la música, fiestas y otras formas de relación social. En muchas casas merideñas se comían muy sabrosos raviolis el día domingo; circulaba el vino italiano, las garrafas de Chianti o de Aleático que los parientes distantes mandaban a sus hijos, nietos y sobrinos ultramarinos; se cubrían de banderas las ventanas, cada 20 de setiembre, aniversario de la fecha en que los garibaldinos penetraron por la puerta Pía; se erigió un bonito monumento a Colón, costeado por la colonia, para recordarnos que fué el precursor de la inmigración itálica; se formaron estudiantinas de música que conmemoraron dignamente los centenarios de Donizetti, de Rossini y de Bellini. Don Constantino Valeri sostenía, de pronto, en los periódicos de la provincia polémicas doctrinarias con el Deán José Clemente Mejía para mostrar cómo fué de justa la causa de Mazzini y Garibaldi. Como en una ciudad medieval, como en una violenta comuna toscana del siglo XIII, los merideños parecían también dividirse entre güelfos y gibelinos. Porque llegó con los pobladores un fino legado de cultura, surgieron de aquellas familias algunos poetas y escritores de la región como Julio Sardi y Américo Menda en la generación de "Génesis"; Emilio Menotti Spósito y Rafael Alberto Menda (de corto destino infortunado) en la siguiente, y Antonio Spinetti Dini entre los muchachos que concluían su adolescencia hacia 1920.

Me encontré con Tonino (como le llamaríamos

siempre) en las aulas del colegio donde iniciamos nuestra educación secundaria. Él tendría 14 años y yo 13. Nos gustaban las novelas de Salgari; las hazañas de Sandokán; ciertos "Viajes en Asia" con estampas de kalmucos y circasianas que a él le regalaron de premio, y los versos de Bécquer que por extraño y gracioso contrabando habían penetrado en una aburrida, frailuna y neoclásica Crestomatía española con demasiados y fastidiosos ejemplos de Quintana, Lista, y vulgarísimas fábulas de Samaniego.

Ambos fuimos pequeños líderes intelectuales de nuestro curso, y ensayamos el más infantil arte de la prosa en la defensa de aquellos dominicos holandeses —el Padre León Kramer y el Padre teer Maat— que llegaron a enseñar en nuestro eclesiástico colegio y que eran más cultos y deportistas que sus predecesores en la tarea pedagógica. Pero no sé por qué misterio; porque a los padres holandeses que tenían un limpio y viril aire de capitanes de barco metidos a sacerdotes les gustaba extraordinariamente la naturaleza de Mérida; organizaron excursiones a la Sierra Nevada, coleccionaban plantas y mariposas y en la clase de Literatura traducían versos de Shakespeare, suscitaron extraño recelo del clero local. Y antes de dos años les cancelaron el contrato no sin protesta de los estudiantes, y con tan firme rebeldía juvenil que al marcharse ellos casi se desbandó el colegio. Si el escritorio de los padres holandeses olía siempre a buen jabón, a ediciones en papel de hilo y a una que otra pipa de tabaco inglés, los sacerdotes venezolanos de entonces (hay que decirlo con pena) eran mucho menos asépticos y civilizados. Parecían trasudar sus horribles textos de Gramática y sus resobados breviarios. Querían usar la palmeta y los anatemas del Infierno, mientras los padres holandeses preferían convencernos con cortesía y persuasión, comprometiendo nuestra inteligencia de muchachos. Tampoco ellos pensaban que los baños en el río,

el juego de pelota, la equitación o la marcha por las montañas, estaban reñidas con las declinaciones latinas. Al asumir la defensa de los padres (en ingenua hojita que escribimos e hicimos imprimir con Tonino), parecíamos defender, también, nuestro amor por la cultura, la poesía, la naturaleza. La infantil campaña a favor de aquellos profesores que nos querían quitar por envidia o torvo nacionalismo y en que colaboraba otro compañero de generación, muy bien dotado para la Literatura, Enrique Celis Briceño, acendró nuestra amistad con Tonino. Y la vida me depararía pocos amigos que puedan comparársele en delicadeza innata, en sensibilidad alerta, en desprendida lealtad. Él y Alberto Adriani que se fueron jóvenes y frustrando tantas promesas, son dos de los seres mejores que conocí en mi adolescencia merideña. Salen con su corazón puro, su Utopía de un mundo más justo y más bello, su don amistoso y su pasión reformadora, entre una cohorte de egoístas, acomodaticios e intemperantes.

A la altura de 1920 cuando marchaba a Caracas a seguir mis estudios o a vivir aquellos lances riesgosos que desde la provincia nos parece que encontraremos en la capital, me despedí de Tonino con la buena cerveza y las mejores palabras que él me ofreció en su casa de Ejido. Ya —contra el dilettantismo de otros compañeros para quienes inscribirse en Caracas en las clases de Derecho Romano era una manera de escaparse de sus familias y vivir con más libertad o más libertinaje— él había abrazado un destino más serio y concreto que nuestras aventuras vagarosas. Trabajaría en el negocio de su padre vendiendo a una clientela, predominantemente rural, palas y escardillas, clavos y puntas de París, alambre para las cercas, telas gruesas y sombreros "pelo de guama" y recibiendo, a veces, en cambio, arrobas de panela y sacos de café. Y aquella consulta y trato con la gente labriega en el soleado mercado de Ejido, tan

oloroso a frutas, parecía abrirle una comprensión del pueblo que expresará después en muchos de sus versos como los de "La palabra al viento" (1934) y "Hambre" (1937). Era compadre y consejero universal de tantas gentes humildes que acudían al pueblo, cada sábado, con sus frutos menores y sus animales domésticos. Todo viajero que cruzaba en su caballito de paso la larga calle real de Ejido, hacía escala en la tienda de Tonino. La tarde —después que se marchó la clientela, se echaron los cerrojos del negocio, los sapos vespertinos croan en las zanjas y se esparrama sobre el cielo como extraña pirotecnia, un racimo de estrellas calientes— era (según su confesión) el momento de leer o escribir versos. ¡Con qué afán se sigue más allá de estos cerros y caminos jibados, de los lentos correos que entonces llegaban en mula, el vario movimiento de la Literatura; y se ruega a Diego Picón, librero de Mérida, que ya nos hizo leer todos los pintarrajeados y horribles volúmenes de la Editorial Maucci que traiga cosas más finas: las ediciones de "Calleja" que estaban imprimiendo los versos de Juan Ramón Jiménez; la colección "Índice" o las de Caro Raggio con las novelas de Baroja, los ensayos de Azorín y la inconfundible viñeta del "Erasmo" de Holbein en la portada! Y el ritmo de una prosa o el misterio que nos suscita un verso, nos lo comunicamos como la más sorprendente aventura.

Librescos y modernistas, llenos de cosas que no había visto o no podía sentir de modo directo —princesas o esmaltes italianos, heroínas rubias y frenéticas de Gabriel D'Annunzio— eran los versos adolescentes de Tonino; los que recogió en un cuaderno de sus dieciocho años que le prologué, y que se llamaba, significativamente, "Breviario galante y rebelde". Rubén Darío había muerto hacía varios años, pero los malos epigonos del Modernismo poblaban aún las revistas venezolanas con los últimos desechos ornamentales del gran nicara-

güense. Se imitaban más los temas —como de inmensa tapicería— de "Prosas profanas" que la acongojada y aleteante angustia de los "Cantos de vida y esperanza". Creíamos en nuestra adolescencia y con deficiente educación literaria, en una serie de pequeños dioses que derribaría el tiempo. Para imitar los juegos florales, un poco cursis, que todavía se celebraban en Caracas y otras ciudades venezolanas, Tonino inventó una justa poética en su burgo de Ejido con reina y cortejo de muchachas, y me asignó el respetable oficio de "mantenedor". Partimos desde Mérida a tan florida fiesta en un chirriante "Ford" de tablita que se atascó varias veces en los baches del camino; llovía torrencialmente, y llegamos a la ceremonia a las once de la noche, cuando ya querían escaparse todas las beldades. Fué difícil restaurar el trono de honor. ¿Pero tan bonitas muchachas con coronas, flores, diademas y vírgenes pechos que se abultan y palpitan en el traje de organdí, y aún la violenta lluvia que cortaba nuestras palabras, no eran para nosotros alegoría del amor y exultante invitación a la vida?

A Tonino iba a labrarlo y enriquecerlo el tiempo hasta lograr los poemas más desnudos, simples y veraces de sus libros posteriores. La poesía le acompañaba como hermana bondadosa, a veces callada, mientras iban creciendo los hijos y la higuera del patio, y se detenían más transeúntes en aquella Calle Real de Ejido. No cambiaba su sosiego provincial por el ruido, el charloteo y la falsa bohemia literaria de centros más populosos. En la década del 30 apenas trasladó su negocio a Mérida. La poesía —me lo dijo alguna vez— era para hombre tan madrugador y laborioso, como la sal que se agrega al pan. Al través de ella, ya sin énfasis ni pompa, quería lograr la más auténtica comunicación humana. En la "Palabra al viento" (1934) se mezclan curiosamente el verso libre, el romance asonantado y el tono confidencial de una poesía que sacrifica el adorno para

lograr la emoción simple, análoga a la que muchos poetas de la llamada generación del "18" opusieron a la estridencia modernista. Corresponden esos versos al concepto goethiano de la "poesía ingenua", cuando el poeta en vez de luchar titánicamente con el cosmos, prefiere ser el resignado o encantado contemplador de las cosas. ¿Y no había logrado ya Tonino, lo que muchos estábamos buscando desesperadamente: paz interior, vida segura y arraigada, calma y armonía en el territorio de su corazón? Parecía que esos versos iban apenas a dejar constancia de cómo la vida misma, es el más puro y más perfecto don que se otorgó a los mortales. Pero en el tiempo en que fueron escritos, otra corriente de poesía social y comprometida, ya no de nosotros sino de la circunstancia que padecen los demás, estaba emergiendo en la literatura hispanoamericana. Patético testimonio de un mundo que ya no se complace solamente con los lirios y el éxtasis amoroso de la vieja poesía romántica porque quiere identificarse con la empresa común de los otros hombres, y suele sustituir el canto con la rebelión y la protesta. Estaba agonizando en esos años la oxidada tiranía de Juan Vicente Gómez y los venezolanos se preparaban para una nueva situación histórica. Desde su retiro provincial fué Tonino uno de los que adhirieron primero al juvenil movimiento de "Orve" (Organización venezolana) que a la muerte del Dictador trataba de buscar lo que podía unirnos en la tarea de una patria más justa, despierta y conciliada, que la que nos dejaba el cruel sopor gomecista.

"Hambre" refleja como pocos libros, la creadora angustia que entonces sacudía el alma venezolana. Los sustantivos que explicaran la frustración y el atraso de nuestro pueblo durante el ominoso régimen, fueron palabras "tabú". La retórica había proyectado un velo de complicidad sobre la circunstancia autóctona. Durante casi seis lustros la Literatura criolla se había nutrido de mentiras o debió decir su verdad —como en

el gran símbolo de "Doña Bárbara" y de las "Memorias" de Pocaterra— trasladándose a comarcas lejanas. Como casi todos los libros que se escribieron en los activos años de 1936 y 1937, "Hambre" emprendía una áspera cura de veracidad. Si había en la llamada poesía "comprometida" de entonces mucho de cartel de propaganda y de fórmulas que pasaban de los más simplistas folletos revolucionarios a los versos que se esgrimían como consignas, Spinetti Dini agregaba a esa corriente su testimonio personalísimo. Él no habla de un dolor campesino en abstracto, sino del muy concreto de los labriegos de los Andes que ha contemplado cada día. Y el nuevo reino de Justicia que parece invocar no es el del jacobino libresco y fanático que se siente despiadado ejecutor de la verdad, sino de quien —antes de toda teoría y todo dogma— pone la ternura humana; su amor por el hombre y no sólo por el partidario. Como escritor y artista, él también prefería "convencer" a "vencer". El gran cambio que necesitábamos conseguir los venezolanos, debía comenzar en nuestra conciencia. Y la emoción de su palabra se correspondía con su limpia conducta.

Su pasión de cultura, su desprendimiento y nobleza moral le habían ganado sitio de amor y unánime respeto entre las gentes de la Cordillera. Limpiaba cada día más sus versos para que fueran más auténticos y veraces, para que en ellos cupiera la fe de un hombre que entre todos los contradictorios caminos que dispara el mundo, había elegido el que conduce a la filantropía y la bondad. Consejero y proveedor espontáneo de gentes necesitadas fué siempre Tonino. En toda discusión áspera sabía encontrar las palabras de la concordia. Viajeros de todas partes se detenían en su casa, y cuando ya nada tenía que ofrecer, les presentaba los paisajes de Mérida en su radiante milagro de frescura, luz y verdor. Por eso fué

inexplicable traición del destino, la emboscada que tronchó tan precozmente su vida. Nadie como él se había ganado su madurez; las cosechas del otoño abundante, la perpetuación del linaje engendrado, el derecho a los árboles y la casa, la perfecta armonía de ánimo de los que trabajaron pacíficamente en la tierra.

UNA CARTA A EMILIO MENOTTI SPOSITO

1944

COMO quien abre un cartapacio olvidado en el que se guardan algunos de los delitos de la juventud, releo ahora —suministrados por usted—, las líneas pretenciosas y de gramática vacilante que escribí allá por 1920, cuando era un muchacho impresionable y poseído de las primeras fiebres de la literatura, en alabanza de sus "Cantos Bárbaros". En mi prosa de aquel tiempo quise revelar el entusiasmo con que reaccionó mi adolescencia ante la poesía —un tanto acre y revolucionaria en la forma y el contenido— que usted ofrecía, peligrosamente, a los tranquilos vecinos de Mérida. Hubo por aquellos años más de una Excomunión y un entredicho en nuestra Venerable Iglesia Catedral, y estuvo usted a punto —por la audacia de sus temas —de recibir el justo castigo de la severa ortodoxia vernácula. Por eso mismo, y por la variedad de su ingenio, de su efusión y de sus anécdotas, era usted el compañero mayor y más buscado por quienes iniciábamos nuestras primeras exploraciones por el mundo y la misteriosa comarca del Arte. Un poco de nostalgia me visita ante las imágenes que descorre para mí aquella página adolescente. En esas imágenes están, Emilio, nuestra vida merideña de hace veinte años; los diálogos y fiestas bohemias que usted organizaba insuperablemente y el activo inconformismo que contra los versos que eran puro arabesco, nos ofrecieran por entonces los "Cantos Bárbaros". No le recomendaría que en la segunda edición de su libro que usted prepara, reinsertase aquel trabajo mío. Su personalidad y su obra requieren algo mejor. No aspiro, tampoco, en medio de mis trajines y fatigas de estos días, a escribir un estudio sobre usted, pero sí quisiera solicitar su consentimiento para decir a quienes van a leerlo, lo que usted significó y lo que usted animó en la vida literaria de nuestra provincia montañesa hace ya cuatro lustros.

Me traslado con el recuerdo a cierta curiosísima pieza-museo, con una gran ventana horadada sobre la barranca en que la altiplanicie de Mérida desciende al torrentoso Albarregas. Albarregas, río de clarísimas aguas, sombreado de naranjos silvestres, de algún sauce llorón de peinado ramaje, de un fondo de tejados sobre la cuesta roqueña en que parece amurallarse la ciudad y que le daban a nuestra Mérida, contemplada desde la ribera, un aspecto de villa española —Ávila o Salamanca—. Para sus contertulios tenía usted, Emilio, a más del mejor ron que destilan los lejanos trapiches de tierra caliente, de su colección mineralógica (pues fué usted quien descubrió minas de esmeraldas en el Páramo de Mucuchíes), de sus viejos volúmenes de bibliografía nacional en que se pelearon durante sesenta años liberales y godos recalcitrantes, todo un acendrado y oculto paraíso de literatura prohibida. Usted nos hacía leer —grave pecado en el pudibundo y catolicísimo ambiente de Mérida—, "Las Flores del Mal" de Baudelaire, las deliciosas novelas de Queiroz, y remontando más en el tiempo, hasta el "Diccionario Filosófico" de Voltaire, con su inexorable racionalismo. Musas morenas tenían para nosotros, en las altas y frías noches de la provincia merideña, su acompañamiento de guitarras. Y para organizar una fiesta era usted perfecto. Los buenos versos clausuraban como el licor más exquisito aquellas horas de placentera fuga, de excitada fantasía bohemia, mientras sobre Mérida caen las casi medievales campanas de su Catedral y el silencio dormido en la niebla. Y con un poco de Baudelaire y otro poco de Tristán Corbière y algo del extraño colombiano Luis Carlos López y mucho de Emilio Menotti Spósito, no esperaba usted, precisamente, a endomingar su poesía, a meterla en el traje de una relamida decoración sino a impregnarla más bien de emoción popular, a que en ella cupieran y cantaran no sólo las princesitas desvaídas y neuróticas de un deformado y trivial

rubendarismo, sino lo que es más importante, a que en ella se expresara, también, hasta la humilde Maritornes que Nuestro Señor Don Quijote ungió de Princesa. Era un problema de la literatura venezolana que abusó excesivamente de los parques versallescos y de los pequeños trianones, muy artificiosos y literarios, que se contrastase aquel "manerismo" cursi por algo más primitivo, más espontáneo y nuestro. Que al jardincito "rococó" que muy pocas veces los aedas criollos han visto, se le opusiese el potrero con sus vacas, con el fuego de su verano y el olor de sus guayabas que revientan. Y esa sinceridad, dicha en un lenguaje incisivo, grabada en el ácido cobre de un aguafuerte, fué lo que le celebramos, Emilio, en sus "Cantos Bárbaros". En ese material de la vida criolla que usted descubrió e interpretó caben, más que los temas de la falsa galantería, de la suelta palabra melódica, de la metáfora y el ornamentalismo convencional que entonces invadían nuestro territorio poético, la cotidiana, hosca o sombría verdad de nuestra existencia colectiva. Comparecen así, en los muy humanos —y a veces trágicos temas de su obra— el prostíbulo y el tribunal y aquel velorio provinciano en que junto al cadáver del hacendado, un grupo de dolientes calculan la herencia, beben anís, y se esparce por la alcoba funeraria el olor del ácido fénico. Pienso en algunos cuentos de Pirandello, en el sórdido y apretado dolor de ciertos relatos eslavos, cuando releo las breves estampas de su libro.

Y quiero reconocerle y agradecerle ahora, querido Emilio, algo de lo que yo y todos los muchachos que comenzábamos a escribir en la Mérida de 1920, debemos a usted. No es tan sólo la cordialidad y el estímulo que usted como un hermano mayor repartía en sus libros, sus efusivas palabras, las colaboraciones que nos cedía para nuestros periodiquitos escolares y el hospitalario entusiasmo que encontrábamos junto a aquella ventana que mira al Albarregas. Es el ejemplo de algo

más profundo como la inconformidad que usted sembró en nosotros: inconformidad que siente la vida y el Arte sin el optimismo de los tontos o de los demasiado llenos, sino como combate y aventura por algo mejor; como un proceso siempre abierto en que el hombre quiere inscribir —aunque le duela— su peculiarísimo y veraz testimonio.

Con la fraternidad de hoy y de aquellos días, le abraza su compañero.

ÍNDICE

	Pág.
Ofrecimiento	7
Las nieves de antaño (prólogo)	13
Los Andes pacíficos	19
En la Universidad de Los Andes	33
Testimonio de Mérida	45
Otra Mérida	53
Ciudades de cumpleaños	61
Almanaques	67
Estrellas y mariposas	73
Don Tulio, rapsoda de Mérida	81
Nochebuenas, allá lejos	95
Memoria de Gonzalo Picón-Febres	105
Memoria de Antonio Spinetti Dini	123
Una carta a Emilio Menotti Spósito (1944)	135